

IAN McEWAN

La cucaracha



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LA CUCARACHA

IAN MCEWAN



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
The Cockroach

Edición en formato digital: enero de 2020

© imagen de cubierta, Vintage UK. Montaje de © Diane Parr

© de la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2020

© Ian McEwan, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4119-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Timothy Garton Ash

Esta es una obra de ficción. Los nombres y personajes son fruto de la imaginación del autor y cualquier parecido con las cucarachas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

I

Aquella mañana, al despertar de un intranquilo sueño, Jim Sams, inteligente pero de ningún modo profundo, se vio convertido en una criatura gigantesca. Durante un rato largo permaneció de espaldas (no era su postura favorita) y miró con consternación sus lejanos pies y sus escasas extremidades. Solo cuatro, naturalmente, y del todo inmóviles. Las patitas morenas por las que sentía ya cierta nostalgia se habrían agitado alegres en el aire, aunque inútilmente. Seguía inmóvil, decidido a no caer en la histeria. Un órgano, un bloque de carne resbaladiza, yacía apoltronado y húmedo en su boca, y sintió asco, sobre todo cuando se movió por sí solo para explorar la amplia caverna de la boca y, según advirtió con callada alarma, se deslizó por una inmensa dentadura. Observó la longitud de su cuerpo. Desde los hombros hasta los tobillos era de un azul claro, con ribetes más oscuros alrededor del cuello y las muñecas, y con botones blancos que bajaban en vertical por su no segmentado tórax. Entendió que la ligera brisa que corría por él de manera intermitente, arrastrando un poco atractivo olor a comida descompuesta y alcohol etílico, era su respiración. Su campo visual era ineficazmente angosto —bueno, para un ojo compuesto— y todo lo que veía estaba asfixiantemente coloreado. Empezaba a darse cuenta de que, a causa de una grotesca inversión, su carne vulnerable estaba ahora fuera de su esqueleto, que en consecuencia le resultaba totalmente invisible. Qué tranquilidad si hubiera podido ver aquel moreno nacarado que tan bien conocía.

Todo esto era ya preocupante de por sí, pero cuando acabó de despertar cayó en la cuenta de que estaba embarcado en una misión importante y exclusivamente personal, aunque por el momento no recordaba cuál era. Voy a llegar tarde, se dijo, mientras trataba de levantar de la almohada una cabeza que debía de pesar por lo menos cinco kilos. No es justo, pensó. No merezco esto. Sus sueños habían sido fragmentarios, profundos y disparatados, acribillados por voces estentóreas y resonantes que no cesaban de discutir. Solo en aquel momento, cuando dejó caer la cabeza, empezó a columbrar el otro lado del sueño y a recordar un mosaico de imágenes, impresiones e intenciones que se dispersaban en cuanto trataba de asirlas.

Sí, había salido del agradablemente ruinoso Palacio de Westminster sin siquiera despedirse. Así tenía que ser. El sigilo lo era todo. Lo había sabido sin que se lo dijeran. Pero ¿cuándo había salido exactamente? Sin duda después de oscurecer. ¿Anoche? ¿Anteanoche? Debió de salir por el aparcamiento subterráneo. Dejaría atrás las lustradas botas del policía de la entrada. Ahora lo recordaba. Pegado al bordillo de la acera, había corrido por la alcantarilla hasta llegar al aterrador cruce de Parliament Square. Echó a correr en busca de la alcantarilla de la acera opuesta, por delante de una fila de vehículos al ralentí, impacientes por plancharlo contra el asfalto. Le pareció que había transcurrido una semana cuando consiguió cruzar otra calzada aterradora para llegar a la acera de Whitehall que le interesaba. ¿Y después? Ya más seguro, había recorrido muchos metros a buena velocidad y se había detenido. ¿Por qué? Ahora lo recordaba. Jadeando por todos los tubos de su cuerpo, había descansado cerca de un albañal para saborear un trozo de pizza que habían tirado. No pudo comérselo todo, pero lo aprovechó bien. Por suerte era una Margarita. Su segunda favorita. Sin aceitunas. No en aquel trozo.

Averiguó que su ingobernable cabeza podía girar ciento ochenta grados con poco esfuerzo. La volvió hacia un lado. Estaba en el dormitorio de un pequeño desván, desagradablemente

iluminado por el sol matutino, dado que no habían corrido las cortinas. Al lado de la cama había un teléfono, no, dos teléfonos. Su restringida mirada recorrió la alfombra para posarse en el rodapié y la estrecha abertura del borde inferior. Ojalá hubiera podido escapar de la claridad matutina metiéndose allí, se dijo con tristeza. Habría estado tan a gusto. Al otro lado de la habitación había un sofá y al lado una mesa baja con un vaso de cristal tallado y una botella de escocés vacía. Encima de un sillón había un traje y una camisa lavada, planchada y doblada. En una mesa más grande, situada junto a la ventana, había dos archivadores, uno encima del otro, los dos de color rojo.

Dominaba ya el movimiento de los ojos, tras haber comprendido que podían girar juntos suavemente, sin ninguna ayuda. Y en vez de dejar la lengua fuera, que a veces le colgaba hasta el pecho, descubrió que estaba más cómoda encerrada en los rezumantes límites de la boca. Horrible. Pero empezaba a cogerle el tranquillo a su nuevo aspecto. Era rápido aprendiendo. No obstante, estaba preocupado porque tenía que ponerse a trabajar. Había que tomar decisiones importantes. De súbito llamó su atención un movimiento en el suelo. Era una criatura pequeña, con la forma que había tenido él anteriormente, sin duda el desahuciado propietario del cuerpo que habitaba él ahora. Observó con cierto espíritu protector mientras la criaturita forcejeaba con las fibras de la alfombra de pelo, camino de la puerta. Allí titubeó, sus antenas se agitaron con incertidumbre con la ineptitud propia de un principiante. Finalmente, hizo acopio de valor y se coló por debajo de la puerta para iniciar un difícil y arriesgado descenso. Había mucho trecho hasta el palacio y tropezaría con muchos escollos. Pero si conseguía llegar sin que nadie lo aplastara de un pisotón, encontraría seguridad y consuelo entre millones de congéneres tras los paneles de madera o debajo de las tablas del suelo de palacio. Le deseó suerte. Pero tenía que ocuparse de sus propios asuntos.

Pese a todo, Jim no se movió. Nada tenía sentido, todo movimiento era inútil mientras no reconstruyera el viaje, los acontecimientos que lo habían llevado a aquel dormitorio desconocido. Después de la pitanza improvisada, apenas consciente del bullicio que había por encima de él, atento a lo único que le importaba, pegado a las sombras del bordillo de la acera, aunque sin recordar durante cuánto tiempo ni hasta dónde. De lo que sí estaba seguro era de que por el camino había encontrado un obstáculo de gran tamaño, un cerro de boñigas todavía calientes y ligeramente humeantes. En otra ocasión se habría alegrado. Se consideraba una especie de entendido. Conocía el modo de vivir bien. Podía identificar al instante aquel maná. ¿Quién podría confundir aquel aroma enloquecedor con un toque de petróleo, piel de plátano y jabón para el cuero? ¡La Guardia Montada! Pero qué metedura de pata haber picado entre horas. La Margarita le había quitado todo interés por el excremento, por reciente y distinguido que fuera este, y el cansancio acumulado lo había dejado sin ganas de corretear por encima. Se encogió a la sombra del cerro, contra el mullido terreno de su falda, y meditó sus opciones. Tras reflexionar un momento tuvo claro lo que debía hacer. Escalar la pared vertical del bordillo para rodear el cerro y descender por el otro lado.

Acostado en el dormitorio del desván, llegó a la conclusión de que aquel había sido el momento en que se había quedado sin voluntad, o sin la fantasía de que tenía voluntad, y había caído bajo la influencia de una fuerza rectora más grande. Al subir a la acera, como había hecho, se había sometido al espíritu colectivo. Y ahora era un elemento minúsculo de un plan cuya magnitud no podía abarcar ni entender ningún individuo.

Llegó a la parte superior del bordillo y advirtió que las boñigas ocupaban un tercio de la

acera. Entonces, procedente de ninguna parte, cayó sobre él una repentina tempestad, el tronar de diez mil pies, y cánticos, campanas, silbatos y trompetas. Otra manifestación ruidosa. A aquellas horas de la noche. Patanes que creaban problemas cuando deberían estar en su casa. Últimamente había protestas casi todas las semanas. Interrumpían servicios imprescindibles e impedían que las personas decentes realizaran su legítimo trabajo. Se quedó petrificado en el bordillo, temiendo ser aplastado de un momento a otro. Las suelas de zapatos quince veces mayores que él golpearon el suelo a unos centímetros de donde estaba encogido, haciendo temblar la acera y sus antenas. Tuvo la suerte de levantar la mirada en aquel momento, movido por el fatalismo. Estaba preparado para morir. Pero fue entonces cuando vio una oportunidad: un hueco en el desfile. La siguiente fila de manifestantes estaba a quince metros. Vio desplegadas sus pancartas, ondear sus banderas, estrellas amarillas sobre fondo azul. También banderas del Reino Unido. No había correteado tanto en toda su vida. Jadeando por todas las tráqueas de sus segmentos corporales, llegó al otro lado, junto a una pesada verja de hierro, segundos antes de que volvieran a estar encima de él con atronadoras patadas en el suelo y ahora con abucheos y salvajes redobles de tambor. Presa de la indignación y de un miedo cervical, una mezcla poco oportuna, salió como una flecha de la acera y, para salvar la vida, se coló como pudo por debajo de la verja y entró en la salvadora y relativa tranquilidad de una calle lateral donde reconoció al instante el tacón de la bota reglamentaria de un policía. Tranquilizadora, como siempre.

¿Y después? Avanzó por la acera vacía, por delante de una fila de residencias selectas. Sin duda estaba allí para cumplir el plan. El inconsciente colectivo feromónico de su especie le permitía tener un conocimiento instintivo de su rumbo. Después de media hora de avance sin incidentes, se detuvo, tal como estaba escrito. Al otro lado de la calle había un grupo de fotógrafos y reporteros, un centenar aproximadamente. A este lado, a su altura, había una puerta cerrada, delante de la cual se encontraba otro policía. En aquel preciso momento se abrió la puerta y salió una mujer con tacones de aguja que casi le atravesaron el noveno y décimo segmentos abdominales. La puerta no se cerró. Puede que estuviera a punto de llegar una visita. En aquellos pocos segundos Jim vio el interior de un pasillo acogedor y suavemente iluminado, con rodapiés raspados, lo que siempre era una buena señal. Movido por un repentino impulso cuyo causante sabía ya que no era él, entró corriendo.

Dadas las insólitas circunstancias, hacía bien, echado en aquella cama desconocida, en recordar aquellos detalles. Era bueno saber que su cerebro, su mente, estaba como siempre. Después de todo, seguía siendo él mismo, básicamente. La inesperada presencia de un gato lo había obligado a correr, no hacia el rodapié, sino hacia la escalera. Subió tres peldaños y miró atrás. El gato, un ejemplar atigrado con rayas pardas y blancas, no lo había visto, pero Jim estimó peligroso volver abajo. Así comenzó su largo ascenso. En el descansillo del primer piso había demasiada gente que salía y entraba en las habitaciones. Más posibilidades de morir espachurrado. Una hora más tarde, cuando llegó al segundo piso, se estaban pasando las aspiradoras por las alfombras con verdadero afán. Tenía noticia de que muchas almas habían desaparecido de aquel modo, succionadas por el polvoriento olvido. No le quedó más remedio que seguir subiendo hasta que..., pero sus pensamientos quedaron repentinamente borrados por los discordantes timbrazos de uno de los teléfonos que había junto a la cama del desván. Aunque descubrió que por fin podía mover una extremidad, un brazo, no hizo nada. No se fiaba de su voz. Y aunque pudiera hablar, ¿qué iba a decir? ¿No soy quien usted cree que soy? El teléfono enmudeció tras el cuarto timbrazo.

Siguió tumbado de espaldas y esperó a que su acelerado corazón se tranquilizase. Probó a mover las piernas. Acabó por desplazarlas. Pero apenas un par de centímetros. Volvió a probar, esta vez con un brazo, y lo levantó hasta que lo tuvo encima de la cabeza. Y volvió a los recuerdos. Había conseguido subir el último peldaño y por fin estaba en el último descansillo, ya sin aliento. Se coló por debajo de la puerta más cercana y entró en un pequeño apartamento. Normalmente, habría ido derecho a la cocina, pero esta vez subió por la pata de una cama y, totalmente exhausto, se metió debajo de una almohada. Debió de dormir como un tronco, porque..., pero, maldita sea, oyó unos golpecitos y antes de que pudiera decir nada, se abrió la puerta del dormitorio. En el umbral había una joven con un traje sastre de color beis. Antes de entrar saludó con un rápido movimiento de cabeza.

—Quise llamarlo por teléfono, pero pensé que era mejor subir. Primer ministro, son casi las siete y media.

No se le ocurrió ninguna respuesta.

La mujer, claramente una ayudante, se adentró en la habitación y recogió la botella vacía. Había quizá demasiada confianza en sus modales.

—Toda una velada, por lo que veo.

No podía permanecer en silencio mucho más tiempo. Procuró emitir un ruido ambiguo desde la cama, algo entre la queja y el gruñido. No le salió mal. Más agudo de lo que habría deseado, con un asomo de chirrido, pero suficientemente plausible.

La ayudante señaló los archivadores rojos de la mesa más grande.

—Supongo que no tuvo ocasión de..., ¿eh?

Quiso salir del paso emitiendo el mismo sonido, esta vez una nota más bajo.

—Quizá después de desayunar pueda echar un... Es mi obligación recordárselo. Es miércoles. Hay gabinete a las nueve. Prioridades del gobierno y PPM a mediodía.

PPM, Preguntas al Primer Ministro. ¿Cuántas había presenciado, escuchando embelesado detrás del carcomido revestimiento de madera, en compañía de unos cuantos miles de selectos conocidos? Qué familiarizado estaba con las preguntas a gritos del líder de la oposición, las brillantes réplicas que no venían a cuento, los abucheos festivos y las inteligentes imitaciones de los borregos. Sería como un sueño hecho realidad aquello de ser el *primo uomo* de la opereta semanal. Pero ¿estaba totalmente preparado? Tanto como el que más, desde luego. Después de echar un rápido vistazo a la prensa. Como muchos de su especie, sentía bastante curiosidad por ver la caja de los despachos. No tardaría en ponerse de pie, aunque ahora solo tuviera dos en que apoyarse.

En el espacio donde había tenido antes unas delicadas pinzas se movió la malsana masa de tejido compacto y brotaron sus primeras palabras humanas.

—Está bien.

—Le serviré el café abajo.

A menudo había sorbido café, a las tantas de la noche, en el suelo de las cafeterías. Solía impedirle dormir por el día, pero le gustaba el sabor y lo prefería con leche, con cuatro terrones de azúcar. Suponía que su personal conocía todo esto.

En cuanto la ayudante salió de la habitación, apartó las mantas y se las arregló para apoyar las tubulares piernas en la alfombra. Se puso en pie finalmente, alcanzando una altura de vértigo, tambaleándose un poco, con las pálidas y blandas manos apretadas contra la frente, y lanzando

otro gruñido. Minutos después, avanzando con inseguro paso hacia el cuarto de baño, aquellas mismas manos empezaron a quitarse el pijama. Ya desnudo, se quedó de pie sobre baldosas agradablemente cálidas. Ver que el agua entraba con estruendo en una pila de cerámica especialmente preparada más bien le hizo gracia y lo animó. Pero cuando se volvió para ver el espejo que había encima del lavabo se deprimió de nuevo. Aquella cara, un óvalo hirsuto que se bamboleaba sobre un cuello que era un grueso pedúnculo de color rosa, le dio asco. Los ojos que parecían agujeritos lo horrorizaron. El hinchado borde de la carne más oscura que enmarcaba una profusión de dientes amarillentos le produjo repugnancia. Pero estoy aquí por una causa digna y lo soportaré todo, se dijo para tranquilizarse mientras veía que sus manos abrían los grifos y buscaban el jabón y la brocha de afeitarse.

Cinco minutos después sintió náuseas cuando se detuvo, todavía tambaleándose, ante la perspectiva de ponerse la ropa que le habían dejado. Su especie se enorgullecía muchísimo de su hermoso y reluciente cuerpo y jamás se le habría ocurrido cubrirlo. Calzoncillos blancos, calcetines negros, camisa de rayas azules y blancas, traje negro, zapatos negros. Observó con indiferencia la rapidez automática con que sus manos anudaban los cordones de los zapatos y luego, otra vez ante el espejo del cuarto de baño, la corbata. Mientras se peinaba el pelo castaño rojizo, advirtió con repentina añoranza que era del mismo color que su querido y antiguo caparazón. Por lo menos ha sobrevivido algo de mi aspecto, meditó con melancolía cuando llegó, por fin, a lo alto de la escalera.

Inició el descenso con cierta sensación de vértigo, confiando en que las piernas lo condujeran abajo con la seguridad con que las manos lo habían afeitado y vestido. Se sujetaba con firmeza a la barandilla, dejando escapar un quejido a cada paso. Al recorrer los descansillos, que trazaban una curva muy cerrada, se agarraba con ambas manos. Habría podido pasar por un hombre con resaca. Pero lo que había tardado una hora en subir le costó solo siete minutos en bajar. En el vestíbulo, al pie de la escalera, lo esperaba un grupo de hombres y mujeres muy jóvenes, con sendas carpetas. Murmuraron respetuosamente: «Buenos días, primer ministro», formando un coro apacible y desigual. Ninguno se atrevió a mirarlo directamente mientras esperaban a que hablase.

Se aclaró la garganta y se las arregló para decir: «Procedamos, por favor.» Se quedó atascado, incapaz de hacer ninguna otra observación, aunque, por fortuna, un individuo con más años que el resto y vestido con un traje de aspecto tan caro como el suyo se abrió paso, lo asió por el codo y lo empujó pasillo adelante.

—Será un momento.

Se abrió una puerta y la cruzaron.

—Aquí tiene el café.

Estaban en la sala del gabinete. La bandeja del café estaba en el centro de la larga mesa, delante de la silla más grande, y el primer ministro se dirigió a ella con tal avidez que casi echó a correr en el último tramo. Esperaba llegar antes que su acompañante y entretenerse un momento con el azucarero. Pero cuando dobló las rodillas para sentarse con el mínimo decoro indispensable, le estaban sirviendo el café. No había azúcar en la bandeja. Ni siquiera leche. Pero bajo la sombra gris del platillo, visible únicamente para él, había una moscarda agonizando. Agitaba las alas cada pocos segundos. Jim apartó la mirada con algún esfuerzo mientras prestaba atención. Temió que se le escapara un estornudo.

—Sobre el Comité Conservador de 1922. Los putos sospechosos habituales.

—Ah, sí.

—Anoche.

—Desde luego.

Cuando se agitaron las alas de la moscarda produjeron el suavísimo rumor de la conformidad.

—Me alegro de que no estuvieras allí.

Cuando una moscarda lleva muerta más de diez minutos tiene un sabor insoportablemente amargo. Moribunda o recién fenecida, despide cierto aroma a queso. Generalmente a Stilton.

—¿Sí?

—Es un motín. Y viene en todos los periódicos de la mañana.

No se podía hacer nada. El primer ministro tenía que estornudar. Lo había visto venir. Seguramente por la falta de polvo. Se sujetó a la silla. Durante un instante explosivo pensó que se había desmayado.

—Salud. Se habló de moción de censura.

Cuando abrió los ojos inútilmente dotados de párpados, la mosca había desaparecido. Volado.

—Joder.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Dónde estará? Quiero decir que dónde estará la lógica de...

—Es lo de siempre. Que si eres un avantista que no ha salido del armario. Que no estás con el Proyecto. Que no eres un auténtico individualista. Que no cuentas para nada con el parlamento. Que no tienes fibra. Esas cosas.

Jim atrajo hacia sí el platillo con la taza. Nada. Levantó la cafetera de acero inoxidable. Tampoco estaba allí debajo.

—Soy tan reversionista como cualquiera de ellos.

A juzgar por su silencio, el consejero especial, si es que su interlocutor era eso, pareció disentir. Entonces dijo:

—Necesitamos un plan. Y rápido.

Solo entonces se le notó el acento galés. ¿Gales? Un pequeño país del lejano occidente, montañoso, lluvioso, traicionero. Jim se dio cuenta de que sabía cosas, cosas distintas. Conocía de modo distinto. Su conocimiento, como su campo visual, se había estrechado. Le faltaba la unión general e inmediata con los de su especie, el recurso ilimitado a lo feromónico-oceánico. Pero había recordado por fin la misión que le habían encargado.

—¿Qué sugieres?

Se oyeron golpes en la puerta, esta se abrió y entró dando zancadas un hombre alto de mandíbula prominente, el pelo teñido de negro y peinado hacia atrás y traje de raya diplomática.

—Jim, Simon. ¿Os importa si me uno a la tertulia? Malas noticias. Acaba de llegar un mensaje cifrado de...

Simon lo interrumpió.

—Esto es privado, Benedict. Ten la bondad de irte a tomar por culo.

El secretario de Exteriores, sin inmutarse, dio media vuelta y abandonó la sala, cerrando la puerta a sus espaldas con celo exagerado.

—Lo que me repatea —dijo Simon— de estos individuos que han estudiado en colegios privados es que se creen con derecho a todo. Exceptuándote a ti, naturalmente.

—Desde luego. ¿Cuál es el plan?

—Lo dijiste tú mismo. Tenemos un detalle con la línea dura y piden más. Les damos lo que quieren y se burlan de nosotros. El Proyecto no marcha y culpan a todos y cada uno. Sobre todo a ti.

—¿Entonces?

—La sensibilidad del público está cambiando. Los grupos focales nos dan ahora una versión nueva. Nuestros encuestadores nos dieron anoche los resultados. Hay un cansancio general. Un miedo creciente a lo desconocido. Inquietud por lo que votaron, por lo que desencadenaron.

—He oído algo sobre esos resultados —mintió el primer ministro. Era importante mantener el tipo.

—Lo que deberíamos hacer es aislar a los defensores de la línea dura. La moción de censura me la paso por el forro. Suspende el parlamento durante unos meses. Deja atónitos a los bastardos. O, mejor aún, cambia de política. Pásate al otro lado...

—¿En serio?

—En serio. Tienes que pasarte al otro lado.

—¿Al avantismo?

—Sí. El parlamento se pondrá a tus pies. Tendrás mayoría..., creo.

—Pero la voluntad del pu...

—Que le den morcilla. Son unos palurdos que se creen cualquier cosa. Esto es una democracia parlamentaria y el timón lo tienes tú. La cámara está en un punto muerto. El país se está haciendo añicos. Recuerda lo del ultra reversionista que le cortó la cabeza a un diputado avantista en un supermercado. Y lo del zoquete avantista que derramó batido encima de un conocido reversionista.

—Eso fue escandaloso —admitió el primer ministro—. Acababa de recoger la chaqueta en la lavandería.

—Es el caos, Jim, y es el momento de suspender las actividades. —Y añadió con voz dulce—: Te lo puedes permitir.

El PM miró a la cara a su consejero y percibió sus rasgos por primera vez. Era una cara estrecha y alargada, hundida en las sienes, con pequeños ojos castaños y una boca prieta como un pimpollo. Llevaba una barba gris de tres días, calzaba zapatillas deportivas y vestía un traje negro de seda encima de una camiseta estampada con el logotipo de Supermán.

—Lo que dices es muy interesante —dijo por fin el PM.

—Mi trabajo es mantenerte en el cargo y esta es la única manera.

—Sería un... un... —Jim se esforzó por dar con la palabra. Conocía algunas variantes en feromónico, pero se estaban desvaneciendo. Entonces dio con ella—. ¡Un giro de ciento ochenta grados!

—No exactamente. He repasado algunos discursos tuyos. En ellos hay de sobra para salir del atolladero. Dificultades. Dudas. Demoras. El típico material por el que los duros te odian. Shirley podría preparar el terreno.

—Desde luego es muy interesante. —Jim se puso en pie y se estiró—. Tengo que hablar con Shirley personalmente antes del gabinete. Y necesitaré estar solo unos minutos.

Dio la vuelta a la larga mesa para dirigirse a la puerta. Empezaba a notar cierto placer en dar zancadas y una sensación de poder desconocida. Aunque le había parecido imposible, se podía tener estabilidad con solo dos patas. Apenas le molestaba estar tan lejos del suelo. Y ahora se

alegraba de no haberse comido la moscarda delante de otro hombre. Puede que no hubiera sentado bien.

—Esperaré entonces a conocer tus ideas —dijo Simon.

Jim llegó a la puerta y apoyó ligeramente en el picaporte los dedos de la mano desconocida. Sí, podía conducir aquella máquina nueva y dócil. Se volvió, encontrando placer en hacerlo despacio, hasta que quedó de cara al consejero, que no se había movido de su silla.

—Te las puedo exponer ahora mismo. Quiero tu dimisión en mi mesa en menos de media hora y que a las once hayas abandonado el edificio.

Shirley, la secretaria de prensa, una mujer pequeña y simpática, vestida totalmente de negro y con unas desmesuradas gafas de montura negra, tenía un desagradable parecido con los agresivos ciervos volantes. Pero se llevaba bien con el PM. Le puso delante un abanico de titulares hostiles. «Jim pimpampum.» «¡En el nombre de Dios, vete!» Siguiendo los usos y costumbres de Simon, llamar «putos sospechosos habituales» a los reversionistas duros de los escaños de las bases contribuyó a poner en las noticias una nota cómica e inofensiva. Jim y Shirley rieron por lo bajo. Pero los periódicos más serios admitían que una moción de censura podía salir victoriosa. El primer ministro había perdido el apoyo de los avantistas y los reversionistas de su propio partido. Era demasiado conciliador. Por querer ganarse a las dos tendencias se había quedado casi sin ningún partidario. «En política», decía un columnista muy conocido, «los acuerdos bipartitos son el estertor del moribundo.» La opinión general era que aunque fracasara la moción, el solo hecho de que se votara minaba su autoridad.

—Lo veremos —dijo Jim, y Shirley rió con ganas, como si acabaran de contarle un chiste ingenioso.

Tenía la intención de quedarse solo y preparar la reunión siguiente. Indicó a Shirley que la carta de dimisión de Simon se entregara a los medios inmediatamente antes de que él saliera a la calle para desmentir a los periodistas la existencia de problemas. Shirley no manifestó ninguna sorpresa al enterarse del despido de su colega. Antes bien, asintió alegremente con la cabeza mientras recogía los periódicos de la mañana.

Llegar tarde a una reunión del gabinete era de mala educación, salvo en el caso del PM. Cuando este entró en la sala, ya estaban todos alrededor de la mesa. Tomó asiento entre el lord canciller y el secretario de Exteriores. ¿Estaba nervioso? No exactamente. Estaba tenso y preparado, como un corredor en la línea de salida. Su preocupación inmediata era parecer convincente. Así como sus dedos habían aprendido a hacerse el nudo de la corbata, el PM sabía que era conveniente que sus palabras iniciales fueran precedidas por un momento de silencio y de miradas firmes a los ojos de los reunidos.

Fue en aquellos pocos segundos, y mientras miraba los amables ojos de Trevor Gott, el canciller del ducado de Lancaster, luego los del secretario de Interior, los del fiscal general, los del presidente de la cámara, los de los titulares de Comercio y Transportes, y los del ministro sin cartera, cuando en un sorprendente momento de reconocimiento instantáneo sintió un insólito, plétórico y trascendente brote de alegría que le traspasó el corazón y le bajó por el espinazo. Por fuera se mantuvo en calma. Pero lo vio claramente. Casi todo el gabinete compartía sus convicciones. Algo mucho más importante que eso, y que no había sabido hasta entonces, era que tenían el mismo origen. Al dirigirse a Whitehall aquella peligrosa noche, había creído que su misión era individual. No se le había ocurrido que la pesada carga del encargo era colectiva, que

otros como él correteaban ya hacia otros ministerios para ocupar sendos cuerpos y hacer suya la lucha. Un par de docenas, un pequeño destacamento con lo más granado de la nación, para incorporarse a una jefatura que flaqueaba y devolverle el valor.

Sin embargo, había un pequeño problema, una ausencia irritante. La del traidor que tenía al lado. Se había dado cuenta con un solo vistazo. En el paraíso siempre había un demonio. Solo uno. Era probable que entre los suyos hubiera habido un valiente mensajero que no hubiera llegado a su destino, que hubiera sido sacrificado bajo la suela de algún zapato, tal como había estado a punto de ocurrirle a él, en la acera que quedaba delante de la verja. Cuando Jim miró a los ojos a Benedict St. John, el secretario de Exteriores, había tropezado con la pared muda e inflexible de una retina humana y no había podido ir más allá. Impenetrable. Sin nada allí. Únicamente humano. Un impostor. Un colaboracionista. Un enemigo del pueblo. De los que podían rebelarse y votar para hundir al propio gobierno. Había que solucionar aquello. Ya se presentaría la ocasión. Aún no era el momento indicado.

Pero estaban los demás y los reconoció al instante, atravesando su transparente y superficial envoltura humana. Un grupo de hermanos y hermanas. El gabinete radical metamorfoseado. Sentados alrededor de la mesa, no daban indicios de quiénes eran en realidad ni de que todos lo sabían. ¡Qué inquietantemente humanos parecían! Al mirar dentro y más allá de los diversos matices del gris, el verde, el azul y el castaño que coloreaban sus ojos de mamífero, y llegar al fondo blático y palpitante de su ser, entendió a sus colegas y los amó a ellos y sus valores, que eran precisamente los suyos. Unidos por una valentía de hierro y la voluntad de triunfar. Inspirados por una idea tan pura y conmovedora como la sangre y la tierra. Impelidos hacia una meta que se elevaba por encima de la mera razón y abarcaba un sentido místico de patria, una idea tan sencilla y sencillamente buena y verdadera como la fe religiosa.

Lo que unía igualmente a este valiente equipo era la certidumbre de las privaciones y las lágrimas que habría en el futuro, que, aunque lo lamentaban mucho, no iban a ser las suyas. Pero también la certidumbre de que después de la victoria la población en general conocería la beatitud profunda y ennoblecedora de respetarse a sí misma. En aquella sala, en aquel momento, no había cabida para los débiles. El país estaba a punto de liberarse de una abyecta servidumbre. Las cadenas habían caído ya a los pies de los mejores. La coaccionante pesadilla del avantismo no tardaría en alejarse de la espalda de la nación. Siempre habría quienes dudaran al ver abierta la puerta de la jaula. Que se humillaran en su cautiverio voluntario, esclavos de un orden desacreditado y corrupto, sin otro consuelo que sus gráficos y diagramas de sectores, su árido racionalismo y su lastimosa pusilanimidad. Ojalá se dieran cuenta de que el glorioso acontecimiento ya no estaba bajo su control, estaba ya más allá de los análisis y los debates, y formaba parte de la historia. Estaba ya desplegado, allí, en aquella mesa. La suerte colectiva se estaba forjando al calor del sobrio fervor del gabinete. El reversionismo duro era la fuerza dominante. ¡Demasiado tarde para echarse atrás!

II

El origen del reversionismo era confuso y tema de continuas polémicas entre quienes se interesaban por él. Durante gran parte de su historia se había considerado un experimento mental, un juego de sobremesa, una broma. Era dominio exclusivo de los expertos, de los solitarios que escribían compulsivamente a los periódicos con tinta verde. De esos que podían atraparte en un bar y darte la paliza durante una hora. Pero la idea, una vez aceptada, se presentaba a determinados ciudadanos con perfiles hermosos y sencillos. Que el flujo de dinero se revirtiera y todo el sistema económico, incluso la nación, se purificara, se purgara de absurdos, despilfarros e injusticias. Que al final de la semana laboral, el empleado pagara a la empresa por todas las horas que había trabajado. Pero que cuando fuese de compras, fuera generosamente compensado con el importe de cada artículo que se llevara. La ley le prohibirá acumular dinero. El dinero que depositará en el banco al final de un duro día en el centro comercial creará elevadas tasas de interés negativo. Antes de que sus ahorros desaparezcan, será conveniente que encuentre o se prepare para encontrar un empleo más caro. Cuanto mejor y en consecuencia más costoso sea el empleo que encuentre, más deberá comprar para compensarlo. La economía se incentivará, habrá trabajadores más cualificados, todo el mundo saldrá ganando. Los caseros deberán comprar incesantemente productos manufacturados para pagar a sus inquilinos. El gobierno adquirirá plantas nucleares y ampliará su programa espacial para ofrecer regalos fiscales a los trabajadores. Los hoteles tendrán el mejor champán, las sábanas más suaves, orquídeas exóticas y el mejor trompetista de la mejor orquesta de la ciudad para permitirse el lujo de tener huéspedes. Y al día siguiente, después de celebrar un magnífico concierto en el salón de baile, el trompetista tendrá que comprar a manos llenas para pagar por su siguiente actuación. El resultado será el pleno empleo.

Dos importantes economistas del siglo XVII, Joseph Mun y Josiah Child, se refirieron de pasada a la circulación del dinero al revés, pero desecharon la idea sin prestarle mucha atención. Al menos sabemos que la teoría circuló. No hay nada en la originalísima *Riqueza de las naciones* de Adam Smith, ni en Malthus, ni en Marx. A finales del siglo XIX, el economista estadounidense Francis Amasa Walker manifestó cierto interés por desviar el flujo de dinero, pero al parecer lo hizo en conversaciones y no en sus abundantes escritos. En el marco de la decisiva conferencia de Bretton Woods de 1944, que determinó el orden económico de la posguerra y fundó el Fondo Monetario Internacional, el delegado paraguayo Jesús X. Velázquez, miembro de un subcomité de una de las comisiones, hizo, según consta en las actas, un vehemente alegato en favor del reversionismo. No consiguió ningún apoyo, pero en general se le atribuye el mérito de ser el primero en utilizar este concepto en público.

La idea obtuvo el favor ocasional de ciertos grupos de la derecha o la extrema derecha de Europa occidental, porque parecía poner límites al poder y alcance del Estado. En Gran Bretaña, por ejemplo, aunque el tipo impositivo máximo era todavía del ochenta y tres por ciento, la Administración habría tenido que entregar miles de millones a los compradores más diligentes. Según rumores, Keith Joseph dio algunos pasos para interesar a Margaret Thatcher en la «economía de flujo inverso», pero la primera ministra no tenía tiempo para esas cosas. Y en una entrevista en la BBC de abril de 1980 Sir Keith hizo hincapié en que los rumores eran totalmente

falsos. En los años noventa, y en el decenio siguiente, el reversionismo siguió sonando a la sordina en diversos grupos de discusión privados y *think tanks* de centro derecha menos conocidos.

Cuando el Partido Reversionista apareció espectacularmente en escena con su mensaje populista y antielitista, había muchos, incluso entre sus adversarios, que estaban ya familiarizados con la tesis «contracorriente». Cuando los reversionistas consiguieron el beneplácito del presidente estadounidense, Archie Tupper, y más aún cuando empezaron a atraer votantes, el Partido Conservador reaccionó derivando lentamente hacia la derecha y un poco más a la derecha. De todos modos, para la corriente mayoritaria conservadora, el reversionismo siguió siendo, en palabras del ex lord canceller George Osborne, «la idea más insensata del mundo». Nadie sabe a qué economista o periodista se le ocurrió el término «avantistas» para describir a quienes preferían que el dinero circulase a la antigua y certificada usanza. Muchos afirmaron haber sido los primeros.

En la izquierda, sobre todo en la «izquierda de siempre», nunca dejó de haber quienes contemplaban con indulgencia el reversionismo. Un motivo era que creían que daría poder a los desempleados. Sin trabajo por el que pagar y con tiempo de sobra para comprar, los parados se harían fabulosamente ricos, y si bien no nadarían en oro, lo harían en mercancías. Mientras tanto, los ricos tradicionales no podrían hacer nada con su riqueza salvo crear empleos lucrativos. Cuando los votantes obreros del Partido Laborista se percataron de lo mucho que podrían ganar metiendo a un hijo en Eton o a una hija en el instituto femenino de Cheltenham, también ellos empezaron a subir el listón de sus aspiraciones y a desertar para pasarse a la causa.

Los conservadores, para fortalecer el apoyo electoral con que contaban y aplacar al ala reversionista de su partido, prometieron en el programa electoral de 2015 que convocarían un referéndum sobre la inversión del flujo de dinero. El resultado fue el que menos se esperaba, debido sobre todo a la no reconocida alianza entre los pobres de la clase obrera y los ancianos de todas las clases. Los primeros no tenían nada que ganar con el orden establecido ni nada que perder, y les hacía ilusión llenar la casa con bienes de primera necesidad y otros de lujo, y tener la cartera repleta de billetes aunque fuera por poco tiempo. Los ancianos, por aquello del acortamiento cognitivo, sentían una atracción nostálgica por lo que creían que era una propuesta para atrasar los relojes. Los dos grupos, los pobres y los ancianos, estaban movidos por una variada gama de sentimientos nacionalistas. La prensa reversionista, con un golpe magistral, se las apañó para presentar su causa como un deber patriótico y una promesa de restablecimiento, revitalización y purificación nacionales: todo lo que andaba mal en el país, en particular la desigualdad de riqueza y oportunidades, la división norte-sur y la congelación salarial, era por culpa de la dirección del flujo económico. Si amabas a tu país y a tus compatriotas, debías derrocar el orden establecido. El viejo flujo solo había estado al servicio de los intereses de la desdeñosa élite gobernante. «Dale la vuelta al dinero», decía una de las irresistibles consignas.

El primer ministro que había convocado el referéndum dimitió inmediatamente y nunca más se supo de él. En su lugar apareció un candidato de circunstancias, el avantista tibio James Sams. Nada más llegar de Buckingham Palace, todavía en los escalones de Downing Street, prometió hacer cumplir el deseo del pueblo. El dinero daría la vuelta. Pero, como habían predicho muchos economistas y otros comentaristas en la prensa de escasa circulación y en publicaciones especializadas que nadie leía, la cosa no era tan fácil. La primera y apabullante duda se refería al comercio con el extranjero. Los alemanes se pondrían ciertamente muy contentos cuando

recibieran nuestros productos junto con nuestros generosos pagos. Pero no estaba claro que fueran a corresponder enviándonos coches llenos de billetes. Como nuestra balanza comercial sería deficitaria, no tardaríamos en estar arruinados.

Así pues, ¿cómo podía florecer una economía reversionista en un mundo avantista? Las negociaciones con nuestros socios comerciales más importantes, los europeos continentales, quedaron en punto muerto. Pasaron tres años. Un parlamento mayoritariamente avantista, dividido entre el sentido común y doblegarse a la voluntad popular, era incapaz de ofrecer soluciones prácticas. Sams había heredado una flaca mayoría y se debatía entre las fervientes facciones de su partido. A pesar de todo, en algunos periódicos lo llamaban Jim el Afortunado, pues las cosas podían ir mucho peor: el jefe de la oposición, Horace Crabbe, era un veterano reversionista de la izquierda posleninista.

Mientras Sams titubeaba y su gabinete seguía dividido en grupos que discrepaban en distintos aspectos, una facción purista de la base conservadora endurecía su postura. Gran Bretaña debía caminar en solitario y convertir al resto del mundo con el ejemplo. Si el mundo no la seguía, peor para él. Era el RUSP, el reversionismo en Un Solo País. Por todas partes se vieron pintadas y se oyó la canción «ROC around the clock», ¿RUSP las veinticuatro horas. Ya habíamos estado solos antes, en 1940, tras la caída de Francia, cuando el terror de la Alemania nazi se apoderaba de Europa. ¿Por qué preocuparnos ahora por sus coches? Pero Sams se echó atrás y prometió de todo a todos los bandos. Casi todos los economistas, periodistas de la City, capitanes de empresa y todo el sector financiero predijeron una catástrofe económica si Sams obedecía a los reversionistas duros. Bancos, cámaras de compensación, corredurías de seguros y compañías multinacionales trasladaban ya sus sedes al extranjero. Científicos eminentes y premios Nobel ponían el grito en el cielo con cartas a la prensa que aparecían en páginas destacadas. Pero el clamor popular de la calle era entusiasta y sincero: ¡adelante con los faroles! Había un clima de cólera creciente, la razonable sospecha de haber sido traicionados. En un chiste de prensa aparecía Sams en el papel del Gloucester de Shakespeare, ciego, tambaleándose al borde del acantilado, mientras Edgar, un insensible y típico inglés reversionista, lo animaba a saltar.

De súbito, sin previo aviso y ante la consternación general, Sams y su vacilante gabinete parecieron armarse de valor. Iban a dar el salto.

En cuanto vio los ojos de los reunidos alrededor de la mesa y reunió firmeza suficiente para no prorrumpir en un jubiloso cántico feromónico, el primer ministro pronunció unas graves palabras de bienvenida. Habló en voz baja y desapasionada. Por encima de su pómulo derecho palpitó un músculo repetidamente. Nadie lo había visto antes. En el curso de sus observaciones preliminares hizo de pasada una sola referencia a su común identidad cuando dijo que aquel era un gabinete «nuevo» que en adelante votaría como un solo hombre en el parlamento. No más indisciplina. Obediencia colectiva ciega. Se oyó un crujir insistente, un zumbido de afirmación alrededor de la mesa. Eran una sola mente, una colonia con objetivos firmes.

Luego se pusieron a trabajar. Al salir encontrarían copias de un reciente sondeo de intención de voto que deberían llevarse y leer atentamente. Tendrían que fijarse en un resultado concreto: dos tercios del grupo de ciudadanos con edad comprendida entre los veinticinco y los treinta y cuatro años pedía un caudillo fuerte que «no tuviera que molestarse con el parlamento».

—Por ahora lo haremos —dijo Jim—. Pero... —Dejó la frase en el aire y la sala guardó silencio—. El demorado Proyecto de Ley de la Reversión volverá a la cámara dentro de tres

meses. Todas las enmiendas de la oposición serán rechazadas. Las medidas de adaptación empezarán ya mismo. El lord canceller confirmará que gastaremos ocho mil millones en los trámites de la transición.

El lord canceller, un hombrecillo glacial de cejas grises y blanca barba de chivo, reprimió la sorpresa del momento y asintió sabiamente con la cabeza.

El primer ministro le devolvió el gesto y le dedicó una tensa sonrisa con la boca cerrada. Una elevada gratificación.

—Deberíais saberlo ya. He dispuesto que el día del Reversionismo, el Día-R, sea el 25 de diciembre, cuando las tiendas estarán cerradas. Después, las ventas navideñas subirán el PIB hasta la luna.

Miró alrededor. Todos lo observaban con la máxima concentración. Nadie hacía garabatos en los cuadernos que tenían delante. Jim levantó los brazos y enlazó los dedos en la nuca, un gesto que le produjo una sensación particularmente agradable.

—Estaremos preparados para la expansión cuantitativa e imprimiremos dinero para que los comercios puedan permitirse tener clientes y los clientes trabajo.

El secretario de Exteriores dijo de repente:

—Hay un problema urgente en...

El PM lo acalló con un mínimo movimiento de cabeza. Dejó caer los brazos a los costados.

—Llegar al Día-R, o a Nuestro Día, como podríamos llamarlo con toda propiedad, es nuestra insustituible prioridad primera. Pero la segunda es casi igual de importante. Sin ella, la primera podría fracasar.

Hizo una pausa para lograr un efecto dramático. En aquel breve intervalo tuvo tiempo de pensar en lo que hacer con Benedict St. John. Su garbanzo negro. En Downing Street no se podía cometer un asesinato perfecto con facilidad. Jeremy Thorpe, un tarugo que se las daba de elegante, había planeado uno hacía mucho tiempo en la Cámara de los Comunes. El escandaloso resultado debería servir de advertencia.

—Habrán obstáculos en el camino que tenemos por delante y debemos poner al pueblo de nuestro lado. Los grupos focales se muestran reacios precisamente cuando necesitamos ser ampliamente populares. Vitalmente importantes. Así que recaudaremos impuestos para los que ganan menos y se los bajaremos a los ricos. Después del día 25 haremos grandes regalos a los trabajadores. Para pagarlos, y aquí estoy seguro de que nuestro sabio lord canceller estará de acuerdo, aumentaremos los ingresos de la Administración contratando a otros veinticinco mil agentes de policía, cincuenta mil enfermeras, quince mil médicos y doscientos mil basureros, para garantizar la recogida diaria. Con la bajada de impuestos, estos nuevos contratados deberían tener facilidades para pagar sus empleos. Y los chinos nos deben ochocientos mil millones por las tres plantas nucleares que están construyendo.

El atento silencio de la sala pareció bajar en intensidad. Nadie confiaba en el gobierno chino. ¿Lo abonarían todo? ¿Y si también le daban la vuelta a toda su gigantesca economía? Alguien tosió educadamente. Unos cuantos se miraron las uñas. Jim se dio cuenta de que, aunque no había perdido totalmente el apoyo del gabinete, estaba en peligro de ganarse su escepticismo. Lo salvó la ministra de Transportes, una diputada de un distrito nororiental, simpática y fumadora de pipa, a la que todos creían ambiciosa hasta el fanatismo.

—Ahorraremos mucho dinero si seguimos adelante con la prolongación de la línea de alta

velocidad hasta Birmingham.

—Brillante. Gracias, Jane.

Envalentonado, Humphrey Batton, ministro de Defensa, musculoso y de mandíbula cuadrada, dijo:

—Y encargando cuatro portaaviones más.

—Excelente, Humph.

—Diez mil nuevos puestos en las cárceles nos reportarían dos mil millones y medio.

—Bien dicho, Frank.

De repente, todos se picaron, todos se mostraron deseosos de complacer y se pusieron a hablar entre sí de proyectos territoriales posibilitados por el nuevo régimen.

El PM se retrepó en la silla sonriendo, dejando que las voces lo acariciasen y murmurando de vez en cuando: «Eso es..., así me gusta..., ¡fantástico!»

Al cabo del rato fue inevitable que sobre la sala cayera una nube de cansancio y, aprovechando este momento de calma, intervino el secretario de Exteriores.

—¿Y nosotros?

Todas las cabezas se volvieron con respeto hacia Benedict St. John. En aquel momento Jim se dio cuenta de que era el único que entendía la condición excepcional del hombre.

—¿Qué?

El secretario abrió las manos para señalar una cuestión evidente.

—Fijaos en mi caso. Pero podría ser el vuestro. Se supone que el año que viene tendré que ir a todas las capitales del mundo en representación de la Gran Bretaña Global para convencer a los gobiernos de que nos imiten. Y gano 141.405 libras al año.

—¿Y qué?

—Que tengo una familia numerosa y muchas responsabilidades, y es demasiado dinero. ¿Cómo voy a encontrar tiempo para hacer todas las compras que me permitan subvencionar mi empleo?

El apagado crujir volvió a oírse por debajo de la mesa. Jim miró alrededor de la sala. ¿Estaba Benedict siendo satírico? Quizá había hablado por todos los presentes.

El primer ministro se lo quedó mirando con desprecio absoluto.

—Maldita sea, ¿por qué crees que...? Pero tú...

La ministra de Transportes, Jane Fish, volvió a sacarle las castañas del fuego.

—Entra en Amazon, Bennie. Un clic. ¡Cómprate un Tesla!

Suspiro general de alivio ante aquella elegante solución. El PM se dispuso a proseguir, pero St. John no había terminado.

—Estoy preocupado. Es probable que en vuestro Día-R se hunda la libra.

¿Vuestro? Aquello era intolerable, pero el PM no dejó que la amabilidad abandonara sus facciones.

—Será útil para nuestras importaciones.

—A eso voy. A las exportaciones. Tendremos que enviar más dinero al extranjero.

Jim se lo explicó como si fuera un niño pequeño.

—Gracias a ese dinero ganaremos con las importaciones.

—En tres años no nos quedará más que San Cristóbal y Nieves. Será la ruina, Jim.

Todos los ministros fueron testigos directos del abierto desafío. La repentina risa de placer del

primer ministro fue auténtica, pues había visto por adelantado no solo la inexplicable muerte del secretario de Exteriores, sino también su entierro, una ceremonia medianamente imponente en la que el propio Jim pronunciaría el elogio fúnebre. En la catedral de San Pablo. El «Nimrod» de Elgar. La Guardia Montada. Lo cual le recordó que aún no había desayunado.

—Bueno, Benedict, como dijo Karl Marx, hay mucha ruina en una nación.

—Fue Adam Smith.

—Tanto mejor.

Los ministros se relajaron. Estaban predispuestos a tomar esto último por una observación concluyente y una réplica aplastante. Jim tragó aire para anunciar el siguiente asunto.

Pero el secretario de Exteriores dijo:

—Ahora, a lo que importa.

—Por el amor de Dios, hombre —gruñó Frank Code, el secretario de Interior.

Benedict estaba sentado delante del ministro de Defensa. Cuando los dos cambiaron una mirada, Batton se encogió de hombros y se miró las manos. A mí que me registren.

—Es un problema urgente. Todavía no hay declaraciones oficiales. Pero me he enterado de que el *Daily Mail* va a publicarlo en su página web. Todos deberíais saberlo. Yo no suelo ser...

—Veámoslo —dijo Jim.

—Esta mañana, poco después de las siete, una fragata francesa chocó con el *Larkin*, un barco pesquero nuestro que faenaba frente a la costa de Bretaña, cerca de Roscoff. Lo partió por la mitad. Seis tripulantes. Sacaron del mar a los seis.

—Me alegro de oírlo. Entonces...

—Todos ahogados.

El primer ministro y sus colegas habían crecido con la compañía cotidiana de la muerte, con habituales banquetes póstumos como necesidad higiénica y también con cierto sentido de la dignidad, así que desechó lo que estaba pensando. Sabía lo suficiente para permitirse un breve silencio previo.

—Trágico. Pero el mar es así. ¿Por qué hablamos de esto?

—El barco estaba faenando ilegalmente en aguas costeras francesas.

—¿Y?

El secretario de Exteriores se acodó en la mesa y apoyó la barbilla en las manos.

—Lo mantuvimos en secreto mientras informábamos a los parientes. Pero ha aparecido en Twitter. La noticia que circula ahora es que los franceses nos atacaron deliberadamente. Para hacer valer sus derechos territoriales.

El canciller del ducado de Lancaster dijo:

—¿Cuál es la versión de los franceses?

—Que había mucha niebla, que el barco era pequeño y de madera, que estaba a dos kilómetros de la costa y que tenían el transpondedor apagado por el motivo que fuera. En el radar de la fragata no apareció ninguna señal. Nuestros datos navales y otras fuentes respaldan todo lo que dicen.

—Entonces la cosa está clara —dijo el fiscal general.

El secretario de Interior miró su reloj.

—El *Mail* va a publicar esta mañana un artículo combativo en su página web. Con mucha

indignación patriótica. No tardará en estar en todas las plataformas. La cosa se está poniendo difícil. Hace cincuenta minutos, mientras tomábamos asiento en esta sala, han lanzado un ladrillo contra una ventana de la embajada francesa. —Se detuvo para mirar al primer ministro—. Necesitamos una declaración del más alto nivel. Hay que quitar hierro a esta confusión.

Todos miraban a Jim, que se retrepó en la silla y dijo mirando al techo:

—Mmmm.

Benedict añadió con voz persuasiva:

—Y habrá que llamar al presidente francés... y que quede constancia de lo que se dice, ¿no?

—Mmmm.

Todos miraban y esperaban.

Por fin se puso recto en la silla e hizo una seña con la cabeza al secretario del Gabinete, que, como de costumbre, estaba sentado aparte.

—Si los entierran juntos, quiero estar presente en el funeral.

—Eso podría parecer un poco... —fue a decir el secretario de Exteriores.

—Espera. Mejor que eso. Si los ataúdes regresan juntos, y por la madre que me parió que será así, quiero estar en primera línea, en el muelle, en la pista de aterrizaje, donde sea.

Mientras los demás se quedaban boquiabiertos, más fascinados que indignados, el secretario de Exteriores temblaba. Parecía que iba a levantarse, pero se sentó de nuevo.

—Jim. No puedes hacer eso.

El primer ministro se puso repentinamente contento. Adoptó una voz burlona, despreocupada, con muchas inflexiones.

—Mira, Benedict, cuando acabe esta reunión, irás al magnífico despacho que tienes a la vuelta de la esquina y harás dos cosas. Llamarás al embajador francés y le exigirás una explicación. Y contarás a tu oficina de prensa lo que has hecho.

El secretario de Exteriores respiró profundamente.

—No podemos jugar con fuego. Es un aliado muy cercano.

—Han muerto seis de nuestros valientes. Mientras no se demuestre lo contrario, doy por sentado que fue una vil agresión.

El secretario de Estado para la Defensa reunió valor por fin. Habló con voz ahogada.

—La verdad es que los datos del Almirantazgo son clarísimos.

—¡Almirantes! Una pandilla de contemporalizadores. Seguro que piensan en sus granjas de la Dordoña.

Fue un buen golpe. Un rincón inglés de Francia, pero qué poco elegante. Hubo risas por lo bajo alrededor de la mesa. La tensa barbilla de St. John sugería que no tenía nada más que decir. Pero el primer ministro siguió fulminándolo con la mirada durante casi treinta segundos. En los demás produjo un efecto intimidatorio, sobre todo en Humphrey Batton, popular en el país por haber sido antaño capitán del Segundo Batallón del Regimiento de Paracaidistas. Tenía un vaso de agua en la mesa, delante de él, y por lo visto encontró dentro algo interesante. Lo asió con fuerza con ambas manos.

—Tendremos a los americanos de nuestra parte —dijo Jim—. Sienten algo especial por los franceses. ¿Comentarios? Bien. Ahora, a moverse. —Sacó del bolsillo un trozo de página de la revista *Spectator*. Contenía una lista escrita a lápiz—. Para celebrar el Día-R acuñaremos una moneda conmemorativa de diez libras. Mi idea es que contenga la imagen de un reloj.

—Una idea brillante..., maravillosa —fue la respuesta colectiva. El lord canciller tragó saliva y asintió con la cabeza.

—En el reverso, imagino —dijo alguien.

El primer ministro buscó al responsable con ojos que echaban chispas. La broma no había sentado bien.

—¿Alguna otra ocurrencia?

No hubo ninguna.

—Otra cosa. Instituiremos una fiesta nacional para celebrar el Día-R. No en Navidades, evidentemente, pero que sea en cuanto pase Año Nuevo. El 2 de enero. ¿Objeciones?

—No —murmuraron.

—Perfecto. Da la casualidad de que es mi cumpleaños.

Al oír aquello, todo el gabinete, exceptuando al secretario de Exteriores, prorrumpió en un caluroso aplauso, consistente en golpear la mesa con las manos.

El primer ministro, modestamente, levantó una mano de contención y la sala guardó silencio. En su breve existencia anterior no había sentido nunca tanta satisfacción. Le pareció que habían transcurrido cinco años, no tres o cuatro horas, desde que había despertado triste y trastornado, incapaz de gobernar sus extremidades, incluso la lengua. Lo vio en la cara de sus colegas: él tenía el mando, era una fuerza, allí y en la tierra, y más allá. Costaba creerlo. Emocionante. Asombroso. Nadie podía interponerse en su camino.

Miró la lista escrita a lápiz.

—Ah, sí. Estuve pensando. El movimiento reversionista necesita una canción, que sea optimista. Una especie de himno. Algo más actual que la «Oda a la alegría». Y se me ocurrió de pronto. Aquella que estuvo tan de moda en los años sesenta. «Walking Back to Happiness.» Tenéis que conocerla. ¿No? Por el amor de Dios, ¡Helen Shapiro!

No conocían ni la canción ni a la intérprete. Pero no se atrevían a negarlo con la cabeza. Los ligara lo que los ligase en secreto, ahora estaban inmersos, perdidos en su papel presente. El precio de su ignorancia fue elevado, pues el primer ministro se puso a cantar con fluctuante voz de barítono, con los brazos abiertos y una sonrisa forzada, como un cantante melódico con experiencia.

—*Walking back to happiness, woopah oh yeah yeah.*

Nadie se atrevía a mirar a la cara de nadie. Intuían que una sonrisa inoportuna podía finiquitar una trayectoria profesional. Cuando el PM los animó con gestos de «vamos, vamos» con los dedos, tampoco se atrevieron a hacer de coro. Se limitaron a canturrear al mismo tiempo: «Yay yay yay ba dum be do», con la misma solemnidad con que hubieran entonado un himno de Hubert Parry.

Aunque cantaba a pleno pulmón, Jim se dio cuenta de que el secretario de Exteriores guardaba silencio. Ni siquiera fingía moviendo los labios. Miraba al frente, estaba inmóvil y quizá sentía vergüenza. ¿O era desprecio?

Cuando el canturreo llegó a su desaliñado final, St. John se puso en pie y dijo sin dirigirse a nadie en concreto:

—Bien, como sabéis, tengo cosas que hacer. —Sin despedirse del PM, abandonó la sala con premura.

Al volverse para verlo salir por la puerta, Jim no salía de su asombro: ¿cómo era posible

sentir tanta alegría y tanto odio al mismo tiempo? El corazón humano, de uno de cuyos ejemplares ahora era dueño absoluto, era algo extraordinario.

Tras haber declarado terminada la reunión, Jim se quedó unos minutos solo, preparando su declaración de prioridades. Dio algunas frases a Shirley para que las incluyese en un comunicado de prensa. La mujer trabajaba rápido y bien. Cuando le dijeron que su coche estaba fuera y le abrieron la puerta de la calle, la prensa se había enterado ya de que el gobierno tenía novedades contundentes. Qué hermoso era salir a la luz del sol y erguirse cuan largo era en los peldaños que había subido arrastrándose la noche anterior. Hermoso también oír el mascullar de las preguntas nerviosas que le hacían desde el otro lado de la calzada. Se detuvo delante de la puerta, que cerraron a sus espaldas, para conceder a los fotógrafos su medio minuto, pero no habló. En vez de eso, levantó la mano para saludar cordialmente y esbozó una media sonrisa decidida para las cámaras. Dominaba ya por completo su mirada de enfoque binocular, no reticular y a todo color, y la paseó despacio por la cara de los periodistas y por el objetivo de las cámaras; y cuando el Jaguar XJ Sentinel (un coche acorazado que le gustaba mucho) frenó delante y se abrió la portezuela, levantó ambas manos en señal de triunfo, ahora sonriendo de oreja a oreja, y se encorvó para sentarse en el asiento trasero.

Durante el corto trayecto de Whitehall al Palacio de Westminster tuvo tiempo de saborear el momento que lo esperaba cuando llegase ante la caja de los despachos para dejar claras las intenciones del gobierno. Lo que lo conmovía era saber que detrás del revestimiento de madera había agazapado un público silencioso. Seguro que en aquellos momentos se estaba concentrando en la oscuridad. Qué orgullosa estaría su familia.

De Hansard, 19 de septiembre, vol. 663, Prioridades del gobierno.

El primer ministro (James Sams)

Con su venia, señor presidente, haré una declaración tocante a la misión del que, en términos prácticos, es un nuevo gobierno conservador. Cuando el proyecto de ley vuelva a esta cámara, señor presidente, nuestra misión será hacer cumplir el reversionismo con objeto de unificar y reactivar este país, y no solo para hacerlo grande de nuevo, sino el más grande de la tierra. Es más que posible y menos que imposible que en 2050 el Reino Unido sea la economía más grande y próspera de Europa. Estaremos en el centro de una nueva red de acuerdos comerciales de flujo inverso. Seremos los mejores del planeta en todos los campos. Seremos la madre patria del avión eléctrico. Seremos los primeros del mundo en no destruir nuestro precioso planeta. Ese mismo mundo seguirá nuestro magnífico ejemplo y todas las naciones invertirán su flujo de dinero para no quedarse atrás... [*Interrupción.*]

Presidente de la cámara

Orden. Hay demasiado ruido en esta cámara. Hay demasiados miembros que creen que tienen derecho a gritar sus opiniones al primer ministro. Digámoslo claramente: no lo tienen.

El primer ministro

Agradezco su intervención, señor presidente. Este gobierno ya no está dividido. Todos los ministros y yo formamos un solo cuerpo y hablamos con un solo espíritu. Nuestra unidad nos ha hecho formidables. El proyecto de ley, por consiguiente, se aprobará. Nada se interpondrá en nuestro camino. Turbocargaremos la Administración para preparar la transición. Nos moveremos con rapidez para acelerar y extender los acuerdos comerciales más allá de la valiente federación de San Cristóbal y Nieves. Hasta entonces proclamamos el Reversionismo en Un Solo País. Estaremos solos como ya estuvimos en el pasado. Se ha exagerado indiscriminadamente la parte pesimista del reversionismo. La hora del cobarde pensamiento avantista ha pasado. Que nadie albergue la menor duda: el flujo de dinero va a cambiar de dirección, y ya era hora. El día uno, el Día-R, se experimentarán los beneficios a nivel tanto microeconómico como macroeconómico. El Día-R, por ejemplo, nuestra recién fortalecida policía podrá parar a un conductor que vaya a velocidad excesiva y arrojarle por la ventanilla dos billetes de cincuenta libras. A riesgo de ser acusado de imprudencia temeraria, el conductor se responsabilizará de usar ese dinero para trabajar y pagar horas extras o de encontrar un empleo mejor. Es solo un ejemplo, señor presidente, del modo en que el reversionismo estimulará la economía, incentivará a nuestros industriuosos ciudadanos y fortalecerá nuestra democracia.

El reversionismo bendicirá nuestro futuro: limpio, verde, próspero, unificado, seguro y ambicioso. Cuando arrimemos el hombro todos juntos, la opresiva influencia de la economía avantista y su vasta burocracia de trabas al espíritu emprendedor, y las deficiencias de la Sanidad y la Seguridad, desaparecerán del país, de todo el país, una tras otra. Y muy pronto desaparecerán de todas las naciones de la tierra. Estamos en el inicio de una edad de oro. Señor presidente, pongo este futuro en manos de la cámara como he puesto esta declaración.

Varios honorables diputados se ponen en pie...

Presidente de la cámara

Orden.

[Se reanuda la sesión.]

III

El joven que aquella mañana había arrojado el ladrillo contra la embajada francesa salió corriendo y no se practicó ninguna detención. En París no pasó inadvertido el hecho. En el momento del incidente se calcula que había unos cincuenta manifestantes en Knightsbridge. A media tarde había más de quinientos, algunos de ellos pescadores que habían llegado de Hull en autobuses fletados por el Partido Reversionista. Hubo gritos y cánticos, pero en general fue una manifestación pacífica. Los cinco policías de refuerzo que habían mandado tuvieron poco que hacer, salvo quedarse junto a la puerta principal de la embajada y mirar. Pero poco después de las cuatro y media alguien arrojó «un artefacto incendiario». Aterrizó inofensivamente en la húmeda hierba, junto a unos laureles plantados al pie de una ventana, y no ardió. Era una botella de leche con unos centímetros de gasolina para mecheros. Se dijo que era una bomba de petróleo, lo cual, técnicamente, era bastante exacto. Tampoco pasó inadvertido este ataque en París.

Aquella misma tarde, horas antes, el embajador francés, el conde Henri de Clermont l'Hérault, fue llamado al Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth para que diera explicaciones por la muerte de los seis pescadores ingleses. La reunión se calificó oficialmente de «constructiva»: el embajador dio su más sentido pésame a las familias y presentó las disculpas más sinceras por el trágico accidente. La prensa apenas habló de ello, ya que el primer ministro salió de Downing Street a las cinco e hizo una declaración de firmeza atípica. La presunta bomba, aunque deplorable, se había examinado y era un juguete pirotécnico, en realidad un «detonador mojado», y seguramente nada más que un bromazo de pésimo gusto. A continuación, Sams leyó los nombres de los fallecidos, a los que describió como «héroes ingleses». Expresó además su más sincero pésame a las familias afectadas y dijo que estaba «conmocionado» por el trágico episodio y «no totalmente satisfecho» con las explicaciones ofrecidas momentos antes por el embajador. El PM había escuchado la opinión de los expertos. La tecnología moderna, sobre todo si se trataba de una fragata debidamente equipada, tenía tales características que costaba entender que no se hubiera detectado un barco pesquero de diez metros de eslora en medio de la niebla, por espesa que fuera esta. Admitía la posibilidad de que el capitán del pesquero no supiera que estaba en aguas territoriales francesas y que estaba faenando ilegalmente. Sams no negaba que en un orden internacional debidamente reglamentado hubiera que respetar los derechos territoriales. Sin embargo —y aquí hizo una pausa—, cuando se produce una infracción, «la respuesta debe ser moderada y proporcionada». Por consiguiente, «esperaba más aclaraciones de nuestros excelentes amigos los franceses». Negándose a responder a las preguntas, dio media vuelta y volvió a entrar en el Número 10.

En un instante, la tragedia creó una crisis diplomática. El presidente Larousse, ya desconcertado e irritado porque *l'inversion britannique* y todo aquel trastorno amenazaban las exportaciones de vino y queso franceses al Reino Unido, estaba, según su portavoz, «muy decepcionado» al ver que los ingleses «dudaban de la palabra de un excelente amigo». Que el gobierno de Sams diera a entender que la política francesa había «asesinado a unos inocentes pescadores que se habían introducido en nuestras aguas costeras era una ofensa a todo lo que Francia consideraba sagrado». Era evidente que Monsieur Sams, en dificultades por una decisión que había dividido su país, se estaba posicionando detrás de «una oleada nacionalista de cólera

prefabricada y alimentada por un revuelo irracional en Twitter». Sintiéndolo mucho, el presidente había decidido llamar a consulta a su embajador, el conde Henri de Clermont l'Hérault.

Muy razonablemente, Jim decidió llamar a consulta al embajador británico en París. Las cosas se estaban encarrilando bien. En tiempos difíciles como aquellos, el país necesitaba un enemigo encarnizado. Los periódicos patriotas elogiaron al primer ministro por enfrentarse con determinación a los franceses y hablar claro en nombre de «nuestros muchachos caídos». La declaración de prioridades en los Comunes también había sentado bien a importantes sectores de la prensa. Un artículo de opinión aparecido en el *Mail* llevaba por título: «¿Quién ha prendido fuego a las entrañas de Jim?».

Al final de aquella primera y apretada jornada, el primer ministro se había retirado a su pequeño apartamento del último piso del edificio y se había dedicado a entender Twitter, una versión primitiva, tal fue su conclusión, del inconsciente feromónico. Leyó la última producción de Archie Tupper y empezó a sospechar que el presidente estadounidense podía ser «uno de los nuestros». Un adulator enviado por un equipo de tecnología de la información de Whitehall ayudó al PM a abrir una cuenta. En menos de dos horas cosechó ciento cincuenta mil seguidores. Una hora después se había multiplicado por dos esa cantidad.

Mientras se estiraba en el sofá, Jim comprendió que un tuit era la herramienta perfecta para reflexionar con buen juicio sobre el caso Roscoff, como lo llamaban ya. Su primer intento fue adocenado y flojo: «El avantista Larousse no es más que un perdedor y en mi opinión el presidente francés menos efectivo que se recuerda.» *En mi opinión...*, como si hubiera otras. Blando. Y no era una réplica. Al día siguiente, el presidente de Estados Unidos se despertó temprano para dirigir el debate desde la cama y demostrar cómo se hacía: «La enana Sylvie Larousse hunde buques ingleses. ¡MALO!» Eso era poesía, combinaba sin complicaciones la complejidad del significado con rápidas ráfagas detallistas. Larousse aparecía como un castrado, luego se lo desestimaba con una pulla que, verdadera o no (no se llamaba Sylvie, sino Sylvain, y medía uno setenta y cinco), iba a llevar por siempre como una marca de nacimiento; el pesquero se convertía en buque y el buque en buques; la tediosa referencia a los muertos se obviaba. El veredicto final era infantil y puro, memorable y bisilábicamente correcto. ¡Y aquel remate de despedida en mayúsculas, aquellos lacónicos signos de admiración! Ahí tenías una imaginativa lección de libertad de la tierra de los libres.

Más tarde, bolígrafo en mano, Jim pensó hacer algunas mejoras en el proyecto de Ley del Reversionismo. Percibía oportunidades para el personal delincuente. Quédate sin empleo, compra sin parar, llena una maleta con billetes, huye a cualquier asquerosa economía de la Unión Europea, abre una cuenta bancaria. Trabaja para ganar en Calais, compra para ganar en Dover. Hijos de puta. La solución estaba clara. Tenía que suceder de todos modos. La sociedad sin blanca crearía un canal digital para cada una de las libras ganadas en las tiendas y cada una de las libras gastadas en el trabajo. Atesorar más de veinticinco libras sería un delito, que quedara claro. ¿Condena máxima? Mejor no ser demasiado severos, al menos al principio. Pongamos cinco años.

Tomó notas a gran velocidad con caligrafía clara, complaciéndose en los trazos de las letras. Tener un pulgar delante de los demás dedos no era tan mala idea. Las especies jóvenes y advenedizas como el *Homo sapiens* a veces experimentaban avances útiles. En cuanto a la producción o difusión de las ideas, la escritura, a pesar de su encanto artesanal, era lúgubremente analógica. En medio de aquella frenética actividad solo se detuvo una vez para devorar un plato de berenjenas a la parmesana que le sirvieron en una bandeja. No se molestó con la ensalada.

Más tarde. En cuanto se aprobara el proyecto de ley, el siguiente paso sería convencer a los americanos de que dieran la vuelta a su economía. A partir de ahí, todo sería coser y cantar. Los chinos se harían reversionistas para poder exportar y lo mismo Japón y los europeos. Si quería ganar a Tupper para la causa necesitaba una buena planificación y acuerdos favorables. Había llenado ya cuatro páginas de notas y en la última había escrito: «Problema: visita de Estado / sin alcohol / banquete apaciguador con SM carroza de oro lacayos fanfarria discurso en parlamento etc. / Nob Orden de la Jarretera más Cruz Vic más tít caballero / miembro del White's / regalo de Hyde Park como campo de golf privado.»

Pero el presidente estadounidense era un hombre serio de gustos sólidos, con criterio moral propio, con un historial que no lo predisponía a valorar el sutil encanto de las cintas y medallas de los sistemas honoríficos. ¿Qué eran el Club White's o Hyde Park para un individuo que era propietario de los clubs más caros y los campos de golf más grandes? ¿A quién le importaba el título de «Sir» cuando se era «señor presidente» para toda la vida? A media tarde de aquel mismo día el primer ministro había cavilado sobre el asunto. Había ordenado a su personal que investigara ciertos detalles jurídicos de la legislación estadounidense y el alcance del poder presidencial, y cómo podían ambos redundar en favor de una economía de flujo inverso. Jim tenía ya todo lo que necesitaba saber sobre el segundo artículo de la Constitución de Estados Unidos. Estaba al tanto de la fuerza legal y el asombroso alcance de una orden ejecutiva del presidente. Como la mayoría de la gente, sabía que el presidente era además el jefe supremo de las fuerzas armadas de la nación. La Oficina del Gabinete le había proporcionado un resumen de cómo se negociaba y cerraba el presupuesto de defensa de Estados Unidos. Entre sus notas estaba la cantidad exacta de miles de millones de dólares del año entrante. El fiscal general se había personado en Downing Street para explicarle el procedimiento. El presidente, en virtud de una orden firmada por él, podía transferir a su propio despacho el presupuesto de defensa aprobado por el congreso. De acuerdo con el proceso reversionista normal, los fondos que refluyeran al sistema, procedentes del personal de los ejércitos de tierra, mar y aire, y de todos sus proveedores y fabricantes, revertirían directamente al presidente. Setecientos dieciséis mil millones de dólares serían suyos.

—¿Personalmente suyos? ¿Legalmente suyos? —preguntó Jim al fiscal general.

—Legalmente sí. Sentaría un precedente que tal vez sorprendiera a la oposición. Pero con este presidente, casi toda la ciudadanía se ha acostumbrado a las sorpresas.

—Hablemos claro —dijo Jim—. ¿Podría ingresar en el banco ese dinero?

—Naturalmente. En las islas Caimán, tal vez. El presidente ruso podría echarle una mano. Incluso cobrando intereses muy bajos, podría vivir razonablemente bien con siete u ocho mil millones al año sin tocar el capital.

—¿Y la defensa de Estados Unidos?

El fiscal general se echó a reír.

—El congreso volvería a aprobar el presupuesto. Últimamente les encanta prestar dinero.

Pero mientras el Big Ben daba once lastimeras campanadas al final de la calle, a Jim le preocupaba cómo endosar su oferta por teléfono. Tupper no era de los que amaban la vida sencilla. ¿Lo convencerían 716.000 millones de dólares? ¿Y si sugería al presidente que se apoderase también del presupuesto de Educación? Además del de Sanidad. Pero para eso se necesitarían tres órdenes ejecutivas. Demasiado complicado. Tendría que correr el riesgo. En Washington eran las seis de la tarde. El presidente estaría viendo la televisión y la interrupción no

le haría gracia. Jim dudó unos segundos más, mientras miraba sin ver los remolinos de colores quemados, rojos amarotados y blancos cremosos, del vacío plato de su cena, y entonces llamó para decir al personal nocturno que efectuara una llamada que no debía registrarse. En intercambiar los protocolos de identificación, facilitar la encriptación de voz y captar el interés del presidente se tardaron veinte minutos, y otros diez para que se pusiera al aparato. No estaba mal para tratarse de una conferencia no programada.

—Jim.

—Señor presidente. Espero no molestarte en medio de un importante...

—No, hombre, es solo... He oído que les has dado una buena a los franceses.

—Mataron a seis de los nuestros.

—El asesinato es mal negocio, Jim.

—Desde luego. No podría estar más de acuerdo.

Durante un angustioso momento, la coincidencia de sentimientos eclipsó la declaración de objetivos. Jim percibió al otro extremo de la línea gritos y disparos, relinchos de caballos, luego un brusco cambio de escena con música orquestal creciente a base de trompetas y cuerdas, que sugería un paisaje desértico con cactus y cerros testigo. Buscó un tema de conversación intrascendente.

—¿Cómo está Mel...?

Pero la voz del presidente le impidió proseguir.

—¿Qué novedades hay de eso vuestro, ya sabes, el proyecto Revanchalista?

—¿El reversiónismo? Fantástico. Estamos ya casi listos. Aquí hay una gran expectación. Será un hito histórico.

—Dar un buen meneo a las cosas es positivo. Haz que la Unión Europea lo pase mal.

—Señor presidente, de eso quería hablar contigo.

—Tienes dos minutos.

Así pues, el primer ministro le expuso el asunto con los términos empleados por el fiscal general, añadiendo algunas vistosas imágenes de su propia cosecha sobre fontanería y meteorología. Por las tuberías subía un reflujo de energía recién liberada que reventaba violentamente las viejas ideas, hacía brutalmente a un lado los viejos obstáculos y en el extremo, en el punto de liberación o de salida, brotaba en el aire una fabulosa fuente de acuerdos comerciales y también fondos, dólares electrónicos que caían a tierra como lluvia largo tiempo esperada, como una tempestad de arremolinadas hojas de otoño, como una ventisca-torbellino de copos de nieve que caían en...

—¿Mi cuenta? —dijo el presidente con voz ronca—. ¿Quieres decir en mi cuenta corriente?

—En un paraíso fiscal, claro. Deberías hacer que tu gente lo comprobara.

Un silencio, rasgado solo por el metálico sonido de las risas televisivas, de un piano de cafetuchó, un tintineo de vasos y un tiroteo de celebración. Por fin:

—Tal como me lo pones, entiendo que puede haber algo ahí. Decididamente. Creo que juntos podríamos hacer que el Revanchalismo funcionara, Jim. Pero ahora tengo que..., bueno...

—Una última cosa, señor presidente. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro. Mientras no sea sobre...

—No, no. Naturalmente que no. Es sobre... *antes*.

—¿Antes de qué, Jim?

—¿Seis?

—Repítelo.

—Está bien. ¿Has tenido alguna vez...?

—¿El qué?

—Si has tenido..., ejem...

—¡Mierda! ¡Escúpelo, Jim! Si he tenido qué.

Lo dijo susurrando:

—Seis patas.

La conversación quedó interrumpida.

El clima, aquel seguro símbolo del estado de ánimo nacional y particular, andaba revuelto. Tras una ola de calor que duró cinco días y superó todas las estadísticas llegaron dos semanas de lluvias que barrieron todo el país y también establecieron nuevas marcas. Como todos los ríos menores, el Támesis se desbordó y Parliament Square languideció bajo diez centímetros de agua y todo el plástico y la basura de cartón encerado que flotaba. Ni los mejores fotógrafos consiguieron que el paisaje pareciese pintoresco. En cuanto amainaron las lluvias, llegó de las Azores otra zona de altas presiones y empezó otra ola de calor, más prolongada. Mientras retrocedían las aguas de la riada, todo el suelo del Londres ribereño estuvo cubierto de un espeso cieno durante una semana. La humedad relativa no descendió en ningún momento del noventa por ciento. Cuando el barro se secó, se convirtió en polvo. Cuando soplaban vientos tórridos, y soplaron con insólita ferocidad durante días seguidos, se producían tormentas de una arena pardusca, cosa nunca vista, suficientemente espesas para no ver a Nelson en lo alto de su columna. Parte de la arena, según se supo cuando se analizó, procedía del Sáhara. En Borough Market, en una remesa de dátiles frescos que estaban a la venta, se encontró vivo un escorpión negro de diez centímetros de longitud. Fue imposible convencer a los calenturientos medios sociales de que aquellas venenosas criaturas no cabalgaban en el viento y no habían llegado del norte de África a lomos del viento del sudoeste. Una lluvia de escorpiones tenía resonancias bíblicas. Verdadera o no, aumentó la ya profunda inquietud que reinaba entre la importante minoría del electorado convencida de que estaba a punto de producirse una catástrofe, por culpa de un gobierno de ideólogos irresponsables. Otra minoría importante, ligeramente más amplia, creía que lo que estaba a punto de producirse era una gran aventura. Y ardía en deseos de que comenzara. Las dos facciones estaban representadas en el parlamento, aunque no en el gobierno. El clima era aceptable. Por todas partes había confusión y visibilidad reducida.

Por desgracia, los franceses entregaron a los pescadores muertos uno por uno, después de practicarles la autopsia, al cabo de una semana. Aterrizaron en Stansted, que no era precisamente el aeropuerto en el que a Jim le gustaba que lo vieran. Los difuntos, por orden del gobierno, no se entregaron inmediatamente a las familias. Lejos de ello, se retuvieron en las afueras de Cambridge, en cámaras frigoríficas, y cuando llegó de Francia el último ataúd, los seis fueron transportados a Royal Wootton Bassett en un avión de la RAF. Jim lo planeó todo. Decidió que no habría banda de música. Por el contrario, estuvo solo en la pista de aterrizaje, en silencio y dando la cara a un equipo de filmación y al macizo cuatrimotor de hélice que rodó por la pista hasta que se detuvo. Valiente figura solitaria que se enfrentaba a la máquina gigante. Dio la casualidad de que fue el primer día de fuertes lluvias. Los ataúdes, envueltos en sendas banderas nacionales, fueron sacados en columna de a uno por miembros de la Guardia de Granaderos, que avanzaron a

paso lento y solemne, y depositados a los pies del primer ministro. La lluvia arreciaba. Rechazó dignamente un paraguas mientras permanecía en posición de firme bajo el aguacero. ¿Eran lágrimas lo que corría por sus mejillas? Fue lógico que se pensara. La nación se unió en un momentáneo brote de dolor. En Hull y, ya en Londres, junto al HMS *Belfast*, se acumularon flores, osos de peluche y pesqueros de juguete, formando montañas de más de diez metros de altura.

Entonces llegó la segunda ola de calor. Debajo de un techo que parecía al rojo vivo y con las ventanas herméticamente cerradas para que no entrase la arena arrastrada por el viento, el apartamento del primer ministro parecía un horno. Pero aquel calor húmedo llenaba de energía a Jim. Nunca se había sentido más saludable. Su sangre, excitada y diluida, corría por su organismo y llenaba su atareado cerebro de ideas nuevas. No había querido sustituir a Simon por otro consejero especial. También había prescindido de reuniones ministeriales. Su único objetivo era poner en práctica el reversionismo y en él concentraba todas sus neuronas, tal como había prometido en el parlamento. El reversionismo lo devoraba y ya no sabía cómo ni por qué. Había alcanzado un estado de beatitud en el que apenas era consciente del tiempo, del hambre o de su propia identidad. Deliraba, estaba obsesionado, consumido por una extraña pasión y ardía de impaciencia por dar explicaciones, conocer detalles, hacer revisiones. Movido por un lejanísimo recuerdo de Churchill en 1940, a toda directiva escrita añadía: «Infórmenme hoy para confirmar que se ha efectuado lo arriba indicado.» Estas palabras se hicieron llegar a la prensa. El primer ministro se reunió con los directores del MI5 y el MI6, con empresarios y dirigentes sindicales, con médicos, enfermeras, directores de colegio, directores de cárceles y rectores de universidad. Prefería que no le hicieran preguntas y explicaba pacientemente cómo prosperarían los distintos sectores con el nuevo régimen. Hacía consultas continuas con el principal responsable de la disciplina del partido. Daba la impresión de que el proyecto de ley del reversionismo se aprobaría fácilmente con un margen de una veintena de votos. El PM escribía memorandos, impartía instrucciones y hacía motivadoras llamadas a su equipo ministerial. Enviaba inspiradas declaraciones de prensa a Shirley. La Administración estaba ya adecuadamente turbocargada; las luces de todos los ministerios permanecían encendidas toda la noche. Y en el apartamento de Downing Street. Fuera, los mensajeros hacían cola, de día y de noche, para recoger o entregar documentos demasiado secretos para confiarse al correo electrónico.

Las perspectivas en el extranjero también eran buenas. Unos patriotas franceses pintaron de rojo una granja de la Provenza que pertenecía a un británico. Los periódicos sensacionalistas de Londres clamaron con sana indignación. Cuando el primer ministro hizo personalmente responsable al presidente Larousse, en una caricatura del *Sun* apareció un John Bull con la cara de Jim y un garrote en la mano, y la imagen se difundió por internet. En los sondeos, Sams se puso quince puntos por encima de Horace Crabbe. El presidente estadounidense, en sus tuits matutinos, dijo que el primer ministro Sams era «un gran hombre» y anunció que había llegado la hora de darle la vuelta a toda la economía de Estados Unidos. Antes del almuerzo, el índice Dow Jones había perdido mil puntos. Al día siguiente por la mañana, Tupper había cambiado de opinión. Según dijo, se había limitado «a jugar con la idea». Los mercados bursátiles de todo el mundo se tranquilizaron. Cuando el presidente de la Reserva Federal dijo que el reversionismo era «una chifladura», el presidente, lleno de ira, dio marcha atrás. El reversionismo estaba en marcha otra vez. Pondría «de rodillas a la vieja élite». El índice Dow Jones perdió el norte esta vez. Según dijo un ejecutivo de Wall Street, los mercados se alarmaban cuando había que alarmarse.

Gloria, la joven de traje sastre que había despertado a Jim la primera mañana, llamó a la

puerta una noche para comunicar la noticia. Habían encontrado a Simon ahorcado con una sirga en el dormitorio de su casa de Ilford, donde vivía solo. Y lo que era aún mejor, no había dejado ninguna nota. Llevaba muerto por lo menos una semana. Mientras Gloria bajaba en busca de una botella de champán, Jim escribió una rápida esquila de elogio y pesar. Había sido todo un detalle que Simon no hubiera escrito un informe ni hubiese intrigado con los enemigos del Proyecto. Gloria le deseó buenas noches y se llevó el cálido panegírico —profundamente conmovedor, dijeron todos— para que Shirley lo mecanografiara y distribuyera. El primer ministro se bebió solo la botella mientras proseguía su trabajo. Pero su habitual concentración empezó a flaquear. Había algo que tiraba de él, una oscura sospecha que no acababa de explicarse. Al final tuvo que dejar el bolígrafo para ponerse a pensar. No se le ocurrían más que supersticiones insignificantes de las que él, el ser más racional de todos, no podía librarse: últimamente solo había habido buenas noticias: un ritmo de trabajo estimulante, los cálculos del principal responsable de la disciplina del partido, el fracaso de la revuelta del Comité Conservador, los pescadores muertos, su prensa, su creciente popularidad, la pintura roja, el elogio de Tupper y ahora aquello. ¿Era un indicio de irracionalidad recordar que la experiencia de toda una vida le decía que toda racha de suerte ha de detenerse en algún momento? Simon había conseguido que también él se sintiera colgado de un hilo. Durmió mal, temiendo toda la noche que aquel afortunado suicidio presagara un momento decisivo.

Y así fue, al día siguiente por la mañana, pero no fue un momento, sino dos, y los dos decidieron ir en la misma dirección. El primero fue cuando el responsable de la disciplina le mandó un correo electrónico de buena mañana. Había una conspiración secreta entre los diputados de las bases, un grupo de avantistas que había estado reuniéndose en una casa particular de las afueras de Londres. No se sabía mucho de ellos, ni su número ni sus nombres. Había candidatos evidentes, pero ninguna prueba, solo negativas anodinas. Hasta el momento habían votado con el gobierno para ocultar su identidad. Que hubieran escapado a la atención de la oficina de los responsables de la disciplina solo podía calificarse de misterio o de milagro. Pero había algo que se sabía ya con seguridad. El secretario de Exteriores, Benedict St. John, era el impulsor y se sospechaba que la intención era ayudar a la oposición a vetar el proyecto de ley del reversionismo cuando volviera a los Comunes.

Mientras se afeitaba, se vestía y bajaba por la escalera, el PM solo pensaba en aquella vil deslealtad. Estaba tan furioso que deseaba golpear a alguien o romper algo. Tuvo que hacer un esfuerzo para parecer satisfecho cuando sus subalternos lo saludaron en el vestíbulo. Había estado demasiado absorto, se había confiado demasiado. Habría tenido que resolver mucho antes lo de Benedict St. John. Si hubiera tenido las manos libres, con mucho gusto le habría dado un hachazo en el cuello. Estos pensamientos de furia y violencia solo empezaron a mitigarse cuando se sentó para tomarse el café y la secretaria de prensa, con la boca apretada, le puso delante el *Daily Telegraph* abierto.

Se trataba de una de esas filtraciones que salían del núcleo mismo del gobierno, por las que el periódico era conocido, y apenas parecía dar importancia al hecho de que contravenía la estricta línea de su política reversionista. El encanto de la primicia era total. Era una reproducción muy bien maquetada de un informe de la Marina Real que venía a decir que el caso Roscoff había sido un accidente. Costaba ponerlo en duda: datos de radar y vía satélite, intervención de comunicados barcocosta, intervención de comunicados de los submarinistas de rescate a la fragata, intervención de comunicados entre la embajada francesa y el Palacio del Elíseo, y declaraciones de testigos

presenciales. Jim lo leyó dos veces. Simon no había podido tener acceso a nada de aquello. Entre los muchos diagramas y fotografías que se publicaban había una foto suya, empapado por la lluvia, muy tieso, en la pista de aterrizaje, junto a los ataúdes cubiertos por la bandera. La filtración era una maniobra política calculada y evidentemente un ataque de inspiración avantista. La fuente era obvia. Los dos actos estaban relacionados. Sus enemigos no permanecían ociosos y el reversionismo estaba amenazado. Jim sabía que tenía que actuar con rapidez.

La oficina de Shirley ya había preparado un comunicado de prensa. Jim lo leyó de cabo a rabo y borró todas las insinuaciones de disculpa a los franceses. Era una decente declaración dilatoria. No iba a conceder entrevistas. Fundamentalmente, el primer ministro se había alegrado infinitamente de saber que lo ocurrido a la tripulación del *Larkin* había sido consecuencia de un trágico accidente. Allí, gracias a nuestra valerosa Marina Real, estaba la prueba irrefutable que el gobierno francés, por razones que solo él sabía, había sido incapaz de proporcionar. La terrible pérdida sufrida por las familias de la tripulación caída seguía siendo motivo de un profundo, etc., desconsolados, etc. El primer ministro dabas las gracias a las autoridades francesas por todo su etc., etc., y deseaba tranquilizar a nuestros buenos vecinos asegurándoles que las intervenciones rutinarias de las comunicaciones telefónicas y por radio no eran sino una sincera muestra de la profunda estima del Reino Unido. Etc., etc., etc., por la Quinta República.

Firmó el texto y, al volver arriba, dijo a su personal que no quería que lo molestaran. Cerró la puerta de su apartamento, apartó los papeles de la mesa de centro y puso encima un cuaderno de gran tamaño y un bolígrafo rojo. Al principio titubeó, barbilla en mano, pero pronto se puso a escribir nombres, a trazar círculos a su alrededor, a unir los círculos con líneas dobles o sencillas, y a adornar estas con flechas y signos de interrogación. Evaluó acciones y sus consecuencias potenciales, la posibilidad de que fueran descubiertas y su negabilidad mediante el prisma distorsionador de las alianzas, rupturas y caídas en desgracia. Tenía una mente perfectamente equilibrada y avezada a la lucha, bien adaptada al arte de la supervivencia y al progreso de su especie, gracias a la herencia que venía recibiendo desde tiempos inmemoriales. Además, una vida de lucha continua y casi rutinaria había perfeccionado su tremenda capacidad natural para defender lo que poseía, aunque no lo pareciera. Estaba tranquilo, con la convicción de que vencería. Y en aquel momento de planificación era supremamente consciente, plenamente sensible al entusiasmo de la política en su versión más pura, que era perseguir objetivos a cualquier precio. Pensó y calculó con tesón, y al cabo de media hora tuvo claro que era demasiado tarde para encargarse del asesinato del secretario de Exteriores. Pasó a una página en blanco y meditó.

Había otras formas de asesinato, más civilizadas. La vida social del momento era un arsenal metafórico de armas nuevas, de cables trampa, de dardos envenenados, de minas terrestres para paseantes descuidados. Jim no vaciló esta vez. Tardó dos horas en escribir el artículo, seguramente para el *Guardian*, una especie de confesión que exigía ponerse en la mente de otro, algo totalmente ajeno a él. Persistió y a los tres párrafos ya empezaba a apiadarse de sí mismo, o del otro al que tendría que encontrar y engatusar. O amenazar. Era un plan sin plazo definido. Bastaba escribirlo para que pudiera descubrirse. Cuando terminó, se puso a pasear por el reducido espacio del desván, lleno de júbilo. No había nada más liberador que una prieta trama de mentiras. De modo que por eso la gente se dedicaba a escribir. Volvió a sentarse con la mano cerca del teléfono. En su lista había tres nombres. ¿En quién podía confiar? ¿O de quién desconfiaba menos? Mientras se planteaba la pregunta sabía ya la respuesta y pulsaba las teclas con el índice.

Lo único que sabía todo el mundo sobre Jane Fish era que fumaba en pipa. Todo el mundo sabía también que, en realidad, no fumaba en pipa. Ni siquiera era fumadora. Años antes, tras empezar en el más humilde, desdichado e impopular puesto del gobierno, secretaria de Estado para Irlanda del Norte, había asistido a un acto celebrado en Belfast y patrocinado por una organización antitabaquista. Había accedido a dar una chupada a una pipa y a echar el humo en la cara de una niña para señalar los riesgos que corrían los fumadores pasivos. La niña tenía los ojos cerrados y no inhaló el humo. Pero la vida pública se vive a grandes rasgos. El habitual y pasajero alboroto no tardó en estallar en los medios. Puesto que Fish era una persona sincera, aparecía a menudo en las noticias y tenía una cara corriente y agradable, los humoristas no tuvieron más remedio que dejarle la pipa en la boca. Para los cronistas políticos pasó a ser «Jane Fish, la fumadora de pipa». Era muy conocida y apreciada. En el espectro de las opiniones accesibles, pertenecía básicamente a la facción seria y formal, y gustaba porque estaba en contra del amamantamiento en público. Había sido una avantista ferviente hasta que, respetuosa con la voluntad popular, se había vuelto una ferviente reversionista. Era admirada por hablar bien de ambas partes.

De las tres mujeres que tenía en la lista, era, en opinión del primer ministro, la más cercana a sus raíces feromónicas. Tenía buen criterio. Hablando con ella por teléfono aquella noche entendió inmediatamente, cuando le expuso los hechos, que se necesitaba obrar con firmeza. Le confesó que siempre había tenido dudas sobre Benedict. Jim hizo que un motorista le llevara inmediatamente en un sobre sellado el artículo que había escrito a mano. Noventa minutos después, Fish lo llamó por teléfono para sugerirle algunos cambios. Unos se referían a detalles históricos, otros a lo que ella llamó «cuestión de voz». Al día siguiente por la mañana, Shirley mecanografió el descuidado manuscrito y fue a King's Cross para entregarlo y negociar con la directora del *Guardian*. El primer ministro había dejado claro que la secretaria de prensa debía quedarse en la redacción mientras el artículo entraba en producción. Era un periódico de mentalidad abierta que en una ocasión publicó en sus páginas de opinión una columna escrita por Osama bin Laden y empleó como periodista a un miembro liberado de Hizb ut-Tahrir, una organización extremista. Publicar un artículo de Jane Fish era ir un poco lejos, pero ¿cómo podía resistirse un periódico avantista cuando una ministra machacaba a un colega de un gobierno al que despreciaba?

Es un espectáculo maravilloso, y muy conmovedor, que un gran periódico disponga solo de unas horas para decidir si apoya una noticia importante. La experiencia kilométrica y el trabajo en equipo, los numerosos recuerdos y el análisis rápido se ponen noblemente en juego. Toda la redacción bulle de actividad. Shirley contó luego a su personal que fue como estar en un hospital de campaña en lo más crudo de una sangrienta batalla. Se cambió toda la primera plana, más tres páginas interiores y el editorial de la propia directora. A las cinco de la tarde empezaron a salir de las prensas los primeros ejemplares. Es posible que para los periodistas veteranos hubiera sido un momento glorioso, tener un ejemplar reciente y todavía humeante en las manos. Pero fue irrelevante. Por entonces, la página web del periódico ya había hecho públicas las revelaciones y durante cuatro horas las estuvo actualizando. Tiempo de sobra para que los periódicos rivales recogieran la noticia para las ediciones del día siguiente y para que los noticieros vespertinos de la televisión hicieran ajustes. Los medios sociales, los blogs y las revistas digitales políticas estaban al rojo vivo. El caso Roscoff, con sus fastidiosos detalles históricos sobre unos asesinatos

que a la postre habían resultado simples accidentes, fue desplazado en las listas. El primer ministro había acusado a los franceses, pero porque estaba tan confundido como todo el mundo. No había habido escaramuzas frente a las costas de Bretaña, pero las había allí, en Whitehall. El titular de un alto cargo del gobierno había caído en desgracia. ¿Dónde estaba el secretario de Exteriores? ¿Cuándo iba a dimitir? ¿Cómo resolvería la crisis el gobierno? ¿Qué significaba aquello para el revisionismo? ¿Cuándo reformarían sus costumbres los poderosos? La respuesta que tenía el primer ministro para esto último consistía en una sola palabra.

IV

Tenía 2.857 palabras y su estilo era más pesaroso que vengativo. Era una historia de acoso, hostigamiento, pullas obscenas y un enternecimiento fuera de lugar que acababa indefectiblemente en insulto. Que Fish insistiera en que no había habido violación prestaba una verosimilitud añadida a su versión. Que la sincera nortea, que no tenía pelos en la lengua, contara estas cosas con una sensibilidad tan al desnudo hizo derramar lágrimas a más de un lector. Incluso a un corrector de pruebas se le humedecieron los ojos. Los vergonzosos acontecimientos acaecidos en un período de veinte meses quince años antes, cuando Jane Fish era secretaria parlamentaria privada de Benedict St. John y este ministro de Trabajo y Pensiones. Había sufrido desde entonces, demasiado asustada por su trabajo, demasiado humillada para hablar y extrañamente protectora de su dotado colega. Había roto el silencio ahora únicamente porque la hija menor del secretario de Exteriores había cumplido dieciocho años y porque había acabado por creer que tenía un deber moral para con mujeres más jóvenes que ocupaban puestos vulnerables como el que había ocupado ella en otro tiempo. El titular de primera plana decía: «La indignidad del secretario de Exteriores». En una foto de entonces se veía a Fish, cargada con el equipaje de St. John, que iba delante a tomar un tren. Salpicando el artículo había recuadros con textos explicativos y de análisis. El director, en su editorial, lamentaba tan deplorable conducta, pero advertía que no había que hacer juicios precipitados. En la página de opinión, un joven de la plantilla del periódico afirmaba que la víctima no solo tenía razón siempre, sino también derecho a ser creída.

Cuando leyó su ejemplar aquella tarde, sentado solo en la sala del gabinete, el primer ministro acabó por apoyar lo último. Cuanto más leía el artículo que había escrito él mismo y más admiraba la maquetación, más convencido estaba. Había que reconocérselo a Jane. Cuánta mentira descarada, despiadada y perversa. Qué ofensa para las víctimas reales de la prepotencia masculina. Se preguntó si, llegado el caso, se habría atrevido a estampar su nombre al pie del artículo. Encerrado y contextualizado en aquellas páginas, el artículo generaba su propia verdad, más o menos como imaginaba que un reactor nuclear producía su propio calor. Hubieran ocurrido o no aquellas cosas, cabía perfectamente la posibilidad de que hubieran ocurrido, podían haber ocurrido muy fácilmente, tenían que haber ocurrido. ¡Habían ocurrido! Empezaba a indignarse por Jane. El secretario de Exteriores era un canalla. Peor que eso: se retrasaba.

Cinco minutos después, cuando se presentó St. John, Jim seguía leyendo el periódico, bolígrafo en mano, pero ahora para hacer teatro. No se saludaron y el primer ministro no se levantó. En vez de eso, señaló al otro la silla que tenía enfrente. Finalmente hizo a un lado el periódico, suspiró y movió la cabeza con tristeza.

—¿Y bien, Benedict? —El secretario de Exteriores no respondió. Siguió mirando a Jim con fijeza. Resultaba embarazoso. Para llenar el silencio, el PM añadió—: No digo que crea una sola palabra de esto.

—¿Pero? —invitó St. John—. Vas a decir pero.

—En efecto. Pero, pero y pero. Esto no es bueno para nosotros. Lo sabes. Hasta que se aclare el asunto necesito que desaparezcas.

—Claro.

Volvió a reinar el silencio.

—Sé cómo eran estas cosas antes —dijo Jim con amabilidad—. Unas cuantas zalamerías detrás de los archivadores. Pero los tiempos han cambiado. Me Too y todo eso. Ahí tienes el pero. Tienes que irte. Es el final. Quiero tu carta.

St. John alargó la mano, cogió el periódico y lo abrió.

—Tú has estado detrás de esto.

El PM se encogió de hombros.

—Tú filtraste lo del *Telegraph*.

—Lo nuestro era todo verdad. ¡Pero lo vuestro...!

—Lo nuestro también lo es, Benedict. —Jim miró su reloj—. Escucha, ¿es que voy a tener que cesarte?

El secretario de Exteriores sacó un papel doblado en cuatro y lo arrojó sobre la mesa.

Jim lo abrió. Lo de siempre. Un gran honor haber servido..., alegaciones infundadas..., una maniobra para no reconocer la inestimable labor de gobierno.

—Estupendo. Muy bien. Pasa más tiempo con tus conspiradores.

—Vamos a joderos, Jim.

En aquella clase de conversaciones era importante tener, si no la última palabra, al menos el último pequeño detalle. En cuanto el primer ministro se puso en pie, apretó un botón que había debajo de la mesa. Todo se había preparado cuidadosamente. Un policía barbudo entró con un fusil automático.

—Condúzcalo a la puerta principal. Sin prisas —dijo Jim—. No le suelte el brazo hasta que esté en la calle. —Se dieron la mano—. Fuera te están esperando, Bennie. Una sesión de fotos para la prensa. ¿Quieres que te preste un peine?

En la compilación casi infinita de normas y protocolos comerciales de la unión aduanera de la Unión Europea no había nada que impidiera que un Estado miembro invirtiese el rumbo de su economía. Eso no significaba que se pudiera hacer. ¿O sí? Uno de los principios que definían una sociedad abierta era que todo era legal hasta que se dictaba una ley en contra. Al otro lado de las fronteras orientales de Europa, en Rusia, en China y en todos los países totalitarios del mundo, todo era ilegal a menos que el Estado lo permitiera. En los pasillos de la Unión Europea a nadie se le había ocurrido excluir de las prácticas aceptables el flujo inverso de dinero porque nadie había oído nunca hablar de esas cosas. Y aunque se hubiera oído, habría sido difícil definir los principios jurídicos o filosóficos por los que debía ser ilegal. Una apelación a lo esencial habría servido de poco. Todo el mundo sabía que ninguna ley de la física, excepto una, impedía que los fenómenos descritos pudieran ir hacia atrás igual que hacia delante. La excepción era la famosa segunda ley de la termodinámica. En ese hermoso constructo, el tiempo estaba obligado a ir en una sola dirección. ¡Luego el reversionismo era un caso especial de la segunda ley porque la contravenía! ¿O no? La cuestión fue calurosamente debatida en el Parlamento de Estrasburgo hasta la mañana en que los diputados tuvieron que salir corriendo hacia Bruselas, como hacían a menudo. Cuando llegaron, deshicieron el equipaje y se regalaron con una satisfactoria comida, todos habían perdido ya el hilo de la polémica, a pesar de que un físico teórico de los laboratorios del CERN llegó expresamente para aclararles las cosas en menos de tres horas con unas cuantas ecuaciones interesantes. Además, al día siguiente se planteó otro problema. ¿Seguiría siendo cierto lo dicho por el científico si lo hubiera expuesto al revés?

El asunto, como muchos otros, fue aparcado. Estaba pendiente una enconada polémica por los helados moldavos. El tema no era tan trivial como pretendía la eurófoba prensa londinense. El forcejeo por adaptar los ingredientes de los deliciosos productos moldavos a la legislación de la UE era un microcosmos de crecientes tensiones diplomáticas entre Occidente y Rusia en el que estaba en juego el futuro del pequeño país, estratégicamente situado. La negociación era compleja, pero, en teoría al menos, solucionable. El reversionismo estaba por encima de todo eso.

El funcionario bruselense medio había contemplado con asombro que la extraordinaria decisión se había tomado mediante referéndum. Luego, cuando pasó todo, el personal tendió a relajarse y a encogerse de hombros mientras el proceso general se detenía, como era de prever, estancado por su propia complejidad. Seguro que la tontería aquella acababa archivándose, como se tenía por costumbre. Pero el asombro se había reactivado últimamente, porque el comprensivo y titubeante primer ministro Sams pareció sufrir un cambio de personalidad y había reaparecido como un moderno Pericles que defendía astuta y ferozmente la puesta en práctica del reversionismo, o todo o nada, con o sin Europa. ¿De verdad iba a suceder aquello? ¿Es que la madre de todos los parlamentos no podía hacer entrar en razón al país? ¿Llegaría a darse el caso de que un tipo de Bruselas, deseoso de expansión, pasara un lujoso fin de semana en el Ritz de Londres y al dejar la habitación le regalaran tres mil libras? ¿Lo detendrían quizá ese mismo día por llevar encima una cantidad ilegal? ¿O solo le decomisarían el dinero cuando saliera del país? ¿O —qué horror— lo obligarían a trabajar en la cocina del hotel y estaría fregando platos hasta agotar la cantidad en cuestión? Era trágico. Era ridículo. Seguro que en griego había una palabra para describir aquello de querer obrar para perjudicarse. Sí, la había. Era *akrasía*. Perfecto. La palabra empezó a circular.

Pero las sonrisas de desconcierto, cansancio o condescendencia empezaron a crispase cuando los tuits del presidente de Estados Unidos reflejaron cierta conformidad con el asunto. En nombre de la libertad de comercio, de la prosperidad y grandeza americanas y el despertar de los pobres, el reversionismo era «bueno». El primer ministro Sams era un tipo genial. Y aunque según las convenciones de subsidiaridad de la UE era un asunto estrictamente interno, a algunos personajes de Bruselas les molestó que el presidente Tupper propusiera a un exgeneral, el multimillonario propietario de una red de casinos, para ser el nuevo «zar» de la Seguridad Social británica. Por estos diversos motivos, el primer ministro fue escuchado con inusual atención cuando pronunció una conferencia en la comandancia de la OTAN a principios de diciembre.

Sams fue en sustitución de su secretario de Exteriores, ya caído en desgracia. Exceptuando su urgencia, no hubo nada sustancialmente nuevo en su charla. El PM fue directamente al grano. Como todo el mundo sabía, el Reino Unido empezaría a darle la vuelta a su economía y por lo tanto a su riqueza el 25 de los corrientes. «¡Reserven el día!», exclamó con jovialidad. Los oyentes sonrieron por educación. El primer ministro pasó a hacer una lista de peticiones, más que conocidas por los negociadores presentes en la gran sala de conferencias. La UE debía abonar al Reino Unido, en concepto de nueva contribución anual, la cantidad de 11.500 millones de libras, que se harían efectivas el 1 de enero. El primer pago de la OTAN no se esperaba hasta junio. Los fondos que irían con las exportaciones europeas al Reino Unido debían asumir una tasa de inflación del dos por ciento. Y para corresponder el gesto de buena voluntad —aquí abrió los brazos como si quisiera estrechar a los presentes—, los fondos que irían con las exportaciones británicas a la UE se ajustarían a esa misma tasa. Hubo más detalles técnicos y garantías de seguridad para el «rumbo» de Estados Unidos. En sus observaciones finales, Jim manifestó que

esperaba que dentro de poco «se les caerán las escamas de los ojos», una frase que dejó desconcertada a la intérprete búlgara que estaba en una cabina, al fondo de la sala. Las escamas caerán, dijo el primer ministro, y todos «nos seguirán ciegamente hacia el futuro».

Acabado el acto y mientras los asistentes se dirigían al banquete, se oyó que un joven diplomático francés le decía a un colega: «No entiendo por qué se han puesto en pie para aplaudir. Ni por qué han aplaudido tan fuerte y durante tanto tiempo.»

—Porque —le respondió el colega, que tenía más años— rechazan todo lo que ha dicho.

No careció de lógica pues que la prensa británica dijera que el discurso de Jim había sido un triunfo.

Al día siguiente hubo un momento de confusión en Berlín. Había ido para tener un encuentro privado con la canciller. Esta tenía un día muy ocupado en el Reichstag y, después de disculparse repetidas veces, se reunió con el PM en una diminuta sala adjunta a su despacho. Descontando a los dos intérpretes, a los dos escribientes, a los tres guardaespaldas, al embajador británico y al secretario de embajada de segunda clase, estaban solos. Los dos mandatarios tomaron asiento a ambos lados de una vieja mesa de roble. Los demás no tuvieron más remedio que quedarse de pie. El PM, por encima del hombro de la canciller, veía el río Spree y al fondo un museo. A través de las ventanas distinguía una exposición de la historia del Muro de Berlín. Jim sabía dos palabras en alemán: *auf* y *Wiedersehen*. A mitad de reunión expuso sus demandas: quería fondos extra con las exportaciones de coches alemanes al Reino Unido a cambio de fondos extra que complementarían las exportaciones británicas de uva riesling de Glasgow, que, según explicó, era muy superior a la variedad renana.

Fue en este momento cuando lo interrumpió la canciller. Con el codo en la mesa y la mano en la frente, cerró los ojos y dijo: «*Warum?*», palabra que enlazó con otras, formando una breve ristra. Y otra vez: «*Warum...*» y una ristra más larga. Y luego otra vez lo mismo. Y por último, todavía con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacia la mesa, un sencillo y quejumbroso «*Warum?*».

El intérprete dijo con voz monocorde:

—¿Por qué hace esto? ¿Por qué, con qué objeto divide usted su país? ¿Por qué impone estas demandas a sus mejores amigos y se comporta como si fuéramos sus enemigos? ¿Por qué?

Jim se quedó en blanco. Sí, estaba cansado de tanto viaje. En la habitación reinaba el silencio. Al otro lado del río había una hilera de colegiales que entraba en el museo detrás de una maestra. De pie y detrás de su silla, el embajador británico tosió suavemente. El ambiente estaba cargado. Deberían abrir una ventana. Por la mente del PM pasó una serie de respuestas convincentes, pero no las expresó. Porque... Porque eso es lo que hacemos. Porque eso es en lo que creemos. Porque eso es lo que dijimos que haríamos. Porque eso es lo que el pueblo dijo que quería. Porque yo he venido a socorrer al país. Porque. En última instancia, esa era la única respuesta: *porque*.

Entonces reapareció la razón poco a poco y recordó con alivio una palabra de su discurso de la noche anterior:

—Renacimiento —dijo a la canciller—. Y el avión eléctrico. —Tras una pausa angustiada, le salió de un tirón. Gracias a Dios—. ¡Porque, señora canciller, tenemos intención de ser limpios, verdes, prósperos, unidos, seguros y ambiciosos!

Volvía aquella tarde al aeropuerto de BerlínTegel, dormitando en el asiento trasero de la limusina del embajador, cuando sonó su teléfono.

—Malas noticias, me temo —dijo el responsable de disciplina—. He amenazado hasta

quedarme ronco. Ya saben que no volverán a estar en las listas electorales, pero una docena larga se ha ido con Benedict. El cese lo ha hecho popular. Y no creen a Fish. O la detestan, que viene a ser lo mismo. Tal como están las cosas ahora nos faltan más de veinte votos..., ¿estás ahí, Jim?

—Estoy aquí —dijo Jim finalmente.

—¿Entonces?

—Estoy pensando.

—¿Lo prorrogamos *pour mieux sauter*?

—Estoy pensando.

Miraba por la ventanilla a prueba de balas. El conductor, precedido y seguido por los escoltas, iba por carreteras estrechas rodeadas de verde y flanqueadas por chalecitos bien cuidados, con jardines de un octavo de hectárea, igualmente bien atendidos. Segundas viviendas, supuso. Había algo particularmente gris en Berlín. Un gris agradable y dulce. Estaba en el aire, en el claro suelo arenoso, en la moteada cantería. Incluso en los árboles, la hierba y los setos de las fincas de las afueras. Era el gris fresco y espacioso necesario para el pensamiento sostenido. Mientras reflexionaba y el jefe de disciplina esperaba, sintió que su corazón reducía los latidos y que sus pensamientos se organizaban en un orden tan limpio y suficiente como los chalecitos ante los que pasaba. Era como si estuviese en posesión de un cerebro antiguo que podía resolver cualquier problema moderno que se planteara. Incluso sin el recurso profundo al inconsciente feromónico. Ni al vulgar internet. Sin papel ni bolígrafo. Sin consejeros.

Levantó los ojos. El cortejo de coches y motos que conducían al primer ministro al reactor de la RAF que esperaba se había detenido para acceder a la carretera principal. En aquel momento se le ocurrió una pregunta. Parecía brotar del fondo de un pozo de cientos de kilómetros de profundidad. Con qué ligereza y hermosura ascendía para presentarse. Qué fácil era plantear la pregunta: ¿a quién amaba más en todo el mundo? Supo la respuesta al instante y entonces supo exactamente lo que iba a hacer.

Nadie se sorprendió cuando Archie Tupper pidió a un amigo empresario que improvisara una conferencia de legisladores republicanos y con los diversos institutos y laboratorios de ideas con los que estaban vinculados. Aquellos encuentros eran habituales, bastante fervorosos, estaban bien financiados, eran patrióticos y amenos. La tendencia general era antiabortista, favorable a la segunda enmienda y se hacía mucho hincapié en el libre comercio. La minería, la construcción, el petróleo, la defensa, el tabaco y la industria farmacéutica estaban bien representados. Jim recordó entonces que él mismo había asistido a un par de actos antes de ser jefe del partido. Solo guardaba recuerdos entrañables de personajes corpulentos y bonachones de cierta edad, de cara rosada, bien afeitada y perfumada, caballeros que sabían llevar el esmoquin. (Asistieron pocas mujeres y ningún negro.) Un sujeto amable lo había obligado a aceptar una generosa invitación a un rancho de medio millón de hectáreas que tenía en Idaho. Cinco minutos después otro le prometió una excelente acogida en un rancho de antes de la guerra que tenía en Luisiana. Generosos y cordiales, tendían a volverse hostiles en cuanto oían hablar del cambio climático y de organizaciones internacionales como la ONU, la OTAN y la UE. Jim se había sentido en casa. Fue inevitable que se interesaran vivamente por el proyecto reversiónista de Gran Bretaña y ayudaran a financiarlo, aunque muchos pensaban que era más apropiado para un país pequeño y no para Estados Unidos. Pero es posible que Tupper estuviera a punto de convencerlos de lo contrario. Los parlamentarios británicos de la derecha habían sido invitados a menudo en los dos últimos años. Pero aquella

conferencia, organizada aprisa y corriendo, iba a tratar expresamente de la economía de flujo inverso. El presidente haría una breve presentación para centrar el tema. Entre los invitados internacionales había cuarenta diputados conservadores que apoyaban al gobierno. Se iba a celebrar en un hotel de Washington que casualmente era propiedad de Archie Tupper, lo cual se esperaba que proporcionara cierta intimidad al acto.

La fecha resultaba un poco incómoda para el contingente británico. La agenda parlamentaria estaba llena. Solo se hablaba de reversionismo. Había mucha inquietud por culpa de la rebelión capitaneada por el traidor ex secretario de Exteriores. Se había fijado la votación para el día 19 de diciembre. La actividad de las circunscripciones siempre se intensificaba por esas fechas y estaban los habituales compromisos navideños, además de las reuniones familiares. Pero se trataba de una ocasión de lujo, con viajes en primera clase, suites de hotel de más de quinientos metros cuadrados, dietas fabulosas de cinco cifras por día, apretón de manos con el presidente y la emoción general de que el interés americano por el Proyecto británico fuera en aumento. Por si esto no bastara, el primer ministro había escrito a todos personalmente, alentándolos a asistir. Él, sin embargo, no iba a ir. En su lugar enviaría a Trevor Gott, el canciller del ducado de Lancaster, un sujeto soso, impulsivo a ratos, del que solía decirse que era «bidimensional». No había más remedio: los diputados presentaron sus disculpas a los colegas, a los funcionarios de las circunscripciones y a la familia y se pusieron a organizar los «emparejamientos». Se trataba de una convención parlamentaria: cuando un miembro no podía estar en la cámara para una votación podía emparejarse con un diputado de la oposición. Ninguno de los dos estaría presente y la votación no se vería perjudicada. Era especialmente útil para los diputados del bando gubernamental que se ausentaban a menudo por asuntos oficiales. También era útil para los diputados que caían enfermos, se volvían locos o tenían que asistir a entierros.

La conferencia fue un éxito arrollador, como casi siempre. El presidente Tupper dijo al comienzo que el primer ministro británico era un tipo genial y que el reversionismo era bueno. Entre los congresistas y los senadores, los oligarcas y los intelectuales de los laboratorios de ideas dominaba la jubilosa impresión de que el mundo se estaba configurando a la medida de sus sueños. La historia estaba de su parte. El banquete de la noche del 18 de diciembre fue tan magnífico como los que lo habían precedido. Acabados los discursos, una orquesta secundó a un émulo de Frank Sinatra, que cantó una arrebatadora versión de «My Way». A continuación, una imitadora de Gloria Gaynor puso a sus pies a setecientos lloriqueantes comensales con «I Will Survive».

Mientras todos estaban sentados, el teléfono de cuarenta comensales se puso a vibrar al mismo tiempo. El jefe de disciplina les ordenaba que volvieran a Londres urgentemente. El transporte terrestre estaba ya en la puerta del hotel. Su avión despegaría al cabo de dos horas. Tenían diez minutos para hacer la maleta. Debían estar en los Comunes a las once de la mañana siguiente para asistir a la importantísima votación sobre el reversionismo. Los emparejamientos quedaban disueltos.

Los británicos abandonaron el comedor sin tiempo para despedirse de sus nuevos amigos. Cómo maldijeron a sus colegas laboristas mientras se dirigían al aeropuerto Ronald Reagan. Qué indignante ser sacados a rastras del paraíso por la deslealtad de aquellos en quienes habían confiado imprudentemente. Como casi todos estaban demasiado furiosos para dormir, se dedicaron a dar patadas al carrito de las bebidas y a maldecir hasta que llegaron a Heathrow. Por culpa del tráfico de Chiswick llegaron a los Comunes minutos antes de que sonara la *Division*

Bell, la campana de la votación. Solo cuando los Crápulas de Washington, como acabaron llamándolos, desfilaron por la antesala, se dieron cuenta de la ausencia de sus parejas. El proyecto de ley fue aprobado por una mayoría de veintisiete votos. Lo demás, como repitió la gente toda la mañana, fue «historia». Al día siguiente, el proyecto de ley recibió la Sanción Real y pasó a ser ley.

Naturalmente, fue un escándalo constitucional, una infamia. La prensa avantista rugió de cólera. Los cuarenta diputados laboristas que habían acordado emparejarse firmaron una irritada carta al *Observer* para denunciar las «sucias y vergonzosas maniobras» del gobierno de Sams. Hubo peticiones para que se presentara un recurso de inconstitucionalidad.

—Saldremos de esta. Todo irá bien. Ya lo verás —dijo Jim a Jane Fish por teléfono. Más tarde ordenó que se mandara una caja de botellas de champán a la oficina del jefe de disciplina del partido.

Aquel anochecer concedió una larga entrevista a la BBC Television. Con voz solemne y razonable dijo: «¿Disculpas? Permítame explicar los puntos fundamentales. En este país no tenemos constitución escrita. En cambio, tenemos tradiciones y costumbres. Y yo siempre las he obedecido, incluso cuando obedecerlas iba en contra de mis intereses. Ahora bien, debo señalar que en la cámara hay una larga y honorable tradición de rupturas de emparejamiento. No hace mucho, pero antes de ser nombrado primer ministro, una diputada liberal demócrata dio a luz a una niña mientras el colega con el que había acordado emparejarse, siguiendo instrucciones del jefe de disciplina de su partido, votaba en los Comunes un asunto muy reñido. Como es bien sabido, allá en 1976, el respetadísimo Michael Heseltine cogió y enarboló la maza ceremonial de la Cámara para celebrar, por así decirlo, la ruptura de una pareja. Veinte años después, tres diputados nuestros se emparejaron no solo con tres laboristas ausentes, sino también con otros tres liberales demócratas. Los laboristas han roto los acuerdos de emparejamiento en incontables ocasiones. Estarán contentísimos de contárselo esta noche en el Stranger's Bar. Todos estos ejemplos vienen a consolidar una tradición de engaños que se ha convertido en práctica corriente. Es constitucionalmente correcto. Demuestra que el parlamento es, por encima de todo, un lugar frágil y falible, cálido y sensible al tacto humano. Debería añadir que el emparejamiento es poco frecuente en las votaciones importantes. Fue totalmente legítimo traer a la Cámara a los diputados que estaban en Washington, dado que estaba en juego un asunto de vital importancia nacional. Naturalmente, la oposición grita que ha habido juego sucio. Ese es su trabajo. A algunos de ellos les pone de mal humor que Horace Crabbe votara a nuestro favor. Así que para responder a su pregunta le diré que no, rotundamente no, no hay nada por lo que yo o los miembros de mi gobierno tengamos que pedir disculpas.

No fue una Navidad blanca, pero le faltó poco. Cayó un poco de nieve el primero de enero, poco antes de la festividad bancaria del Día-R. Cinco centímetros de nieve no arredraron a nadie. Millones de ciudadanos corrieron a las tiendas para proveerse del dinero con el que pagarían el empleo cuando volvieran al trabajo al terminar las fiestas. Hubo algunos problemillas al principio, pero eran de esperar. Los admiradores se presentaron en un concierto de Justin Bieber con la esperanza de cobrar. El acto se canceló. La gente se quedaba junto a los cajeros automáticos preguntándose si debía introducir efectivo en la ranura destinada hasta entonces a las tarjetas de débito. Aquel enero hubo más ventas que en toda la historia conocida. Las tiendas se quedaban sin existencias: un gran impulso para la economía, pensaron algunos. La noticia de que la federación de San Cristóbal y Nieves se retiraba del acuerdo comercial apenas llamó la

atención.

El primer ministro, todavía contagiado por el espíritu navideño y con una desenfadada corona de cartón rosa, estaba despatarrado y descalzo en un sillón, con un whisky solo en la mano, mirando, con unos cuantos miembros de su personal, las imágenes aéreas de las colas kilométricas que llenaban Oxford Street. Le habría gustado decirlo en voz alta, pero prefirió oír el murmullo en su cabeza: todo había acabado; misión cumplida. No tardaría en reunir a sus colegas para informarles de que había llegado el momento de iniciar la larga marcha hacia el palacio para ser recibidos como héroes por su tribu.

La tarde anterior a la última reunión del Gabinete, el PM envió a casa a todo su personal y ordenó al policía de la puerta de la calle que la dejara abierta. Todos los miembros del Gabinete tenían que dejar los cuerpos ocupados en el correspondiente despacho ministerial, bien ordenados y en su sitio, listos para el regreso de sus legítimos propietarios. Jim dejó el suyo en la cama de arriba. En consecuencia, para la reunión impuso un estricto código indumentario: dermatoesqueletos. Había pensado que lo apropiado sería reunirse encima de la mesa de la sala del Gabinete, pero cuando llegaron les pareció espantosamente alta y más bien peligrosa, porque las patas estaban muy pulimentadas. Así que se reunieron en un rincón de la sala, detrás de una papelera, y formaron un orgulloso círculo. El PM iba a acometer la perorata inicial, pero fue interrumpido por una versión de «Cumpleaños feliz», ejecutada con una vigorosa profusión de chirridos cacofónicos. Luego miraron hacia la puerta con inquietud. El policía de servicio no los había oído.

La reunión se llevó a cabo en feromónico, que es diez veces más rápido que el inglés corriente. Antes de que Jim tomara la palabra, Jane Fish propuso un gesto de agradecimiento. Elogió al PM por haber sabido unir, «con incomparable audacia, la determinación, el encanto y un humor desenfrenado». Gran Bretaña ya estaba sola. El pueblo había hablado. El genio de nuestro caudillo lo había ayudado a cruzar la línea. Su destino estaba en sus propias manos. ¡El reversionismo estaba en marcha! ¡Se acabaron los titubeos y las demoras! ¡Gran Bretaña estaba sola!

Mientras vociferaba las amadas consignas, la emoción pudo más que ella y tuvo que detenerse, pero no importó. Sus palabras recibieron una calurosa ovación, un expresivo susurro de caparazones y élitros. Acto seguido, cada uno de los ministros pronunció unas frases. El último en hablar fue el nuevo secretario de Exteriores, Humphrey Batton, hasta entonces titular de la cartera de Defensa y recientemente ascendido. Todos interpretaron bajo su dirección una ronda de «Porque es un muchacho excelente».

El PM se adelantó hacia el centro del círculo para pronunciar su discurso. Mientras hablaba, sus antenas temblaban con vehemencia y giraba sobre sus patas traseras para conservar la atención de todos.

—Queridos colegas, gracias por vuestros amables deseos. Estoy profundamente conmovido. En estos momentos finales de nuestra misión, no tenemos más obligación que la verdad. Hay una que nunca hemos ocultado a nuestros inteligentes conciudadanos. Para que los potentes motores de nuestra industria, nuestras finanzas y nuestro comercio giren al revés, primero tienen que ralentizarse y detenerse. Habrá dificultades. Habrá que hacer muchos sacrificios. No me cabe la menor duda de que la prueba endurecerá a este gran país. Pero eso ya no nos preocupa. Ahora que nos hemos desprendido de nuestra desagradable envoltura temporal hay verdades más profundas

que podemos permitirnos celebrar.

»Nuestra especie tiene por lo menos trescientos millones de antigüedad. Hace apenas cuarenta años éramos en esta ciudad un grupo marginado, despreciado, objeto de desdén y burla. En el mejor de los casos nadie nos prestaba atención. En el peor, dábamos asco. Pero nos mantuvimos fieles a nuestros principios y poco a poco, pero con ímpetu creciente, nuestras ideas han adquirido fuerza. Nuestra convicción fundamental se ha mantenido incólume: siempre hemos obrado en interés nuestro. Como indica nuestro nombre en latín, *blatta*, somos animales que huyen de la luz. Conocemos y amamos la oscuridad. En tiempos recientes, en los últimos doscientos mil años, hemos vivido con los humanos y aprendido su aprecio particular por esa misma oscuridad, a la que no se entregan tan completamente como nosotros. Pero cuando predomina en ellos, nosotros prosperamos. Cuando fomentan la pobreza, la suciedad y la miseria, nosotros nos fortalecemos. Y por medios tortuosos, tras mucho experimentar y mucho fracasar, hemos acabado por conocer los requisitos previos de la miseria humana. La guerra y el calentamiento global, evidentemente, pero también, en tiempos de paz, las jerarquías inamovibles, la concentración de la riqueza, las supersticiones arraigadas, la maledicencia, las divisiones, la falta de confianza en la ciencia, en el intelecto, en los extranjeros y en la cooperación social. Ya conocéis la lista. Hemos sufrido grandes adversidades en el pasado, por ejemplo la construcción de cloacas, el repulsivo gusto por el agua limpia, la aparición de la teoría microbiana de las enfermedades, la convivencia pacífica de las naciones. Esos y muchos otros expolios nos han reducido. Pero hemos contraatacado. Y creo que por fin hemos puesto en marcha las condiciones de un renacimiento, y así lo espero. Cuando esta singular locura del reversionismo empobrezca a la población humana en general, será el momento de crecer y multiplicarnos. Si la gente corriente, buena y honrada, se ha dejado embaucar y ha de sufrir, que se consuele sabiendo que otras criaturas corrientes, tan buenas y honradas como ella, es decir, nosotros, vivirán felices conforme se multiplican. La cantidad global de bienestar universal no disminuirá. La justicia seguirá siendo una constante.

»Estos meses habéis trabajado con ahínco para llevar a cabo nuestra misión. Os felicito y os doy las gracias. Como habéis comprobado, no es fácil ser *Homo sapiens sapiens*. Sus deseos están muy a menudo en pugna con su inteligencia. A diferencia de nosotros, que formamos una totalidad. Cada uno de vosotros ha arrimado un hombro humano por la causa del populismo. Habéis visto el resultado de vuestro esfuerzo, pues esa causa ya está en marcha. Ahora, amigos míos, ha llegado el momento de viajar hacia el sur. ¡Hacia nuestra querida patria! En fila india, por favor. Recordad que debéis doblar a la izquierda cuando salgáis por la puerta.

No lo mencionó, pero sabía que todos los ministros de su Gabinete se daban cuenta de los peligros que tenían por delante. Eran solo las cuatro de una tarde nublada cuando se escabulleron por la puerta y dejaron atrás al policía de servicio. Acogieron con placer la lobreguez invernal. Por culpa de ella no vieron al animal que correteó hacia el Número 10 para reanudar su vida. En menos de media hora el grupo de Jim se escurrió bajo la verja de Downing Street y accedió a Whitehall. Cruzaron la acera y bajaron a la alcantarilla. La montaña de boñigas había desaparecido hacía mucho. El bosque móvil de pies que circulaba en las horas punta tronó encima de ellos. Tardaron noventa minutos en llegar a Parliament Square y fue allí donde se produjo la tragedia. Estaban esperando a que el semáforo se pusiera en verde para cruzar la calzada a toda velocidad. Pero Trevor Gott, el canciller del ducado de Lancaster, se adelantó, como hacía a veces, echó a correr demasiado pronto y desapareció bajo la rueda de un camión de la basura. Cuando se detuvo el tráfico, todo el Gabinete se precipitó hacia la calzada para socorrerlo. Yacía

de espaldas, indiscutiblemente bidimensional. Por debajo del caparazón sobresalía una sustancia laminar, pastosa, grisácea, un manjar muy apreciado. Aquella noche celebrarían un banquete de héroes y, como habría muchas anécdotas extraordinarias que contar, lo pasarían estupendamente. Antes de que el semáforo cambiara otra vez, los colegas volvieron a meterle en el vientre la sustancia laminar y lo recogieron. Seis ministros, uno por cada pata, lo transportaron al Palacio de Westminster.